

# Pedagogía

Revista para la formación y el acompañamiento de las iglesias cubanas

No.5

MIGRACIONES

enero-junio, 2014  
NUEVA ÉPOCA

## Una realidad que nos interpela

La migración en el Primer Testamento

“Hospedaos unos a otros”. La hospitalidad según 1 Pedro

La emigración y su impacto en la familia cubana

Migración en el contexto canadiense.  
Reflexiones teológicas

Religiosidad y migraciones en Cuba

Migraciones y peregrinaciones religiosas

Algunas reflexiones sobre la atención pastoral  
de los migrantes y sus familias

# *Didajé*

Revista para la formación y el acompañamiento de las iglesias cubanas

**Fundada en 1998**  
**Publicación semestral**

**Director**  
Reinerio Arce Valentín

**Editora General**  
Beatriz Ferreiro García

**Editora**  
Mayra Beatriz Martínez Díaz

**Diseño gráfico**  
Irelío Alonso - Olmer Buchholz Espinosa

---

Revista orientada a la formación y actualización de conocimientos de pastores y laicos en temas bíblicos, teológicos, antropológicos y pastorales.

Ocasionalmente publica resúmenes de talleres, jornadas y demás eventos auspiciados por el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas.

Las opiniones expresadas en este número representan las ideas de los autores, con las que no necesariamente coincide la institución patrocinadora.

Inscrita en el Registro Nacional de Publicaciones Seriadas con el número 0506. ISSN 2307-3861.

---

## **Suscripción anual**

Cuba	10.00 pesos
América del Norte	15.00 USD
América Latina	10.00 USD
Europa	15.00 USD
Resto del mundo	20.00 USD

---

## **Pedidos a:**

Seminario Evangélico de Teología  
Apartado Postal 1439.  
Matanzas. 40100  
Matanzas, CUBA

Teléfono: (53 45) 290575  
C-electrónico: cubateologica@seminario.co.cu  
Website: www.setcuba.org

# Didajé

## No.5

MIGRACIONES

enero-junio, 2014  
NUEVA ÉPOCA

### Una realidad que nos interpela

- |   |    |
|---|----|
| Presentación<br><i>Beatriz Ferreiro García</i>  | 3  |
| La migración en el Primer Testamento<br><i>Adolfo Ham Reyes</i>   | 6  |
| “Hospedaos unos a otros”. La hospitalidad según 1 Pedro<br><i>Daniel Montoya Rosales</i>                            | 12 |
| La emigración y su impacto en la familia cubana<br><i>Patricia Arés Muzio</i>                                       | 16 |
| Migración en el contexto canadiense.<br>Reflexiones teológicas<br><i>John A. Vissers</i>                            | 30 |
| Religiosidad y migraciones en Cuba<br><i>Ana Celia Perera Pintado</i>   | 40 |
| Migraciones y peregrinaciones religiosas<br><i>Ofelia Pérez Cruz</i>  | 46 |
| Algunas reflexiones sobre la atención pastoral<br>de los migrantes y sus familias<br><i>Marianela de la Paz Cot</i> | 51 |

## De los autores

**ADOLFO HAM REYES.** Filósofo, teólogo y pastor presbiteriano-reformado. Profesor de la Cátedra de Filosofía e Historia del Seminario Evangélico de Teología de Matanzas, y decano del Instituto Superior de Estudios de Ciencias de las Religiones, en La Habana. Entre sus obras se encuentran: *Historia y poder. Comentario sobre el libro de Reyes* (1999), *Praxis teológica* [t. 1] (2007) y *Capítulos de una historia de amor. Místicos del amor* (2009).

**DANIEL MONTOYA ROSALES.** Pastor jubilado de la Iglesia Presbiteriana-Reformada en Cuba. Ejerció su ministerio en iglesias bautistas durante los años en que laboró en la Convención Bautista de Cuba Oriental. Es profesor de la Cátedra de Teología Práctica del Seminario Evangélico de Teología de Matanzas.

**PATRICIA ARÉS MUZIO.** Doctora en Psicología. Profesora titular de la Facultad de Psicología de la Universidad de la Habana. Ha impartido diversos cursos de maestría en el extranjero en torno al tema de la intervención familiar, y publicado diversos libros sobre familia y género, entre los que se destacan: *Mi familia es así: investigación psicosocial* (1990), *Familia y convivencia* (2006) y *La familia: una mirada desde la Psicología* (2010).

**JOHN A. VISSERS.** Miembro de la Iglesia Unida de Canadá y director de Programas Académicos del Knox College, de Toronto. Enseña y escribe con frecuencia en las áreas de teología reformada, formación espiritual, educación teológica, predicación bíblica, liderazgo misiológico y renovación congregacional. Es autor de *The Neo-Orthodox Theology of W. W. Bryden* y *Calvin@500: Theology, History, and Practice*, ambos de 2011.

**ANA CELIA PERERA PINTADO.** Licenciada en Psicología por la Universidad de La Habana y máster en Sociología por la Universidad de La Habana y la Universidad Autónoma de Barcelona. Ejerció la investigación dentro del Departamento de Estudios Sociorreligiosos del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas. Entre otros trabajos, es autora de *Religión y cambio social: el campo religioso cubano en la década del 90* (2006) y *Los nuevos movimientos religiosos en Cuba* (2013).

# Presentación

Desde sus mismos inicios, la historia de la humanidad ha sido testigo de grandes migraciones. En las sociedades tribales, este proceso era la condición original de vida; después fue el método usado para establecer las colonias, que ampliarían el comercio de las metrópolis. Sin embargo, en los siglos xx y xxi, los avances tecnológicos relativos al transporte y las comunicaciones han posibilitado las migraciones masivas a escala mundial, motivadas tanto por la desigualdad social y económica como por las crisis políticas que suelen presentarse en ciertos países.

Según datos de las Naciones Unidas, en la actualidad existen unos mil millones de migrantes. De ellos, la mayoría son migrantes internos y solo menos de una cuarta parte se ha desplazado fuera de las fronteras de sus respectivos países. La propia ONU señala que el flujo mayoritario de desplazamientos internacionales se ha dirigido hacia países con niveles semejantes de desarrollo. Otro flujo considerable, aunque minoritario, está

formado por quienes se desplazan desde países pobres o menos desarrollados a países ricos o más desarrollados.

Hasta principios del siglo xx, Cuba fue considerado un país mayormente receptor de inmigrantes. Esa imagen experimentó un cambio paulatino a partir de la década de los treinta, en que cesó el movimiento migratorio y se inició un proceso de migraciones, cuyas causas han sido variadas, pero donde destaca el factor socioeconómico como, tal vez, el más influyente. Fuentes oficiales estiman el número actual de emigrantes en unos treinta y ocho mil cubanos al año.

Por estas razones, el Seminario Evangélico de Teología, conjuntamente con el Knox College, de Toronto, Canadá, organizaron en Matanzas, los días 17 y 18 de febrero, una jornada teológica en la que estudiantes y profesores de ambas instituciones ofrecieron una visión lo más completa posible sobre las cuestiones contemporáneas que afectan a los migrantes a nivel mundial.

En realidad, este encuentro tiene sus antecedentes en otros que se han venido desarrollando en los últimos años, tocando con acierto temas como la iglesia y la humanidad ante los signos de los tiempos, y el amor y la responsabilidad colectiva por la creación, entre otros.

“Las migraciones: causas y consecuencias” ha sido el tema de la jornada, en la que participaron varios ponentes que trataron el asunto desde distintos puntos de vista: “La emigración y su impacto en la familia cubana” (Patricia Arés Muzio), “Religiosidad y migraciones en Cuba” (Ana Celia Perera Pintado), “Migraciones y peregrinaciones religiosas” (Ofelia Pérez Cruz) y “Migración en el contexto canadiense. Reflexiones teológicas” (John A. Vissers), entre otros. Además, Marianela de la Paz Cot nos ofreció algunas reflexiones sobre la atención pastoral a los migrantes y sus familias.

La jornada constó, asimismo, de varios programas, como devocionales, talleres y estudios bíblicos. De entre estos últimos, publicamos aquí “La migración en el Primer Testamento” y “‘Hospedaos unos a otros’. La hospitalidad según 1 Pedro”, expuestos por Adolfo Ham y Daniel Montoya respectivamente.

En la actual coyuntura, no cabe duda de que la reforma migratoria —que entró en vigor en 2013— fue un gran paso con relación a la aspiración de los cubanos de edificar una sociedad más abierta, con menos restricciones, y disponer de una mayor libertad para viajar.

Por otra parte, resulta interesante notar el cambio de actitud que se está dando en el ámbito ecuménico respecto a la emigración. Ante tal situación, un asunto que nos parece importante es tratar de estrechar lazos con aquellos

exiliados o emigrados que todavía tienen interés en su tierra natal. Este asunto tan complicado divide a la comunidad cristiana hoy. Las nuevas generaciones son más abiertas a la búsqueda de una reconciliación, propósito con grandes bases bíblicas y teológicas. Debe tenerse en cuenta que si bien quienes se han marchado más recientemente de la Isla mantienen contacto con sus familiares y amigos, muchos de los que se fueron primero han ido perdiendo esa relación.

Esta *Didajé* de ningún modo es un informe de la Jornada, ni agrupa la totalidad de los trabajos presentados. Representa, más bien, un esfuerzo por resaltar algunas de las reflexiones de ese encuentro. Por lo tanto, lejos de decir la última palabra, plantea nuevas interrogantes, y, en consecuencia, se convierte en punto de partida para profundizar el debate sobre los aspectos multidimensionales de la migración internacional.

***Beatriz Ferreiro García***

Editora general

# La migración en el Primer Testamento

**Adolfo Ham Reyes**



**E**l factor de la tierra es fundamental como generador de las migraciones. En el Antiguo Testamento asume un papel protagónico. Estaríamos hablando de “la tierra prometida”. Tierra y migración. Es vital respecto a todo esto la presencia de Abraham y, por supuesto, habría que tener en cuenta un pasaje clave del Antiguo Testamento: Génesis 12,1-3.

## **I. Abraham el migrante (Gn 12,1-3)**

Voy a citar a algunos estudiosos que han incursionado en este tema esencial. Por ejemplo, Martin Buber, biblista, filósofo, pedagogo y erudito judío, quien afirma:

Dios toma a Abraham de su casa y de su tierra, y lo trae a la tierra que desea “mostrarle” (Gn 12,1), y lo “guía por toda la tierra de Canaán” (Jos 24,3). Le promete ser su “escudo” (Gn 15,1). Así también Dios peregrina con Jacob en todos sus viajes (28,15; 31,3) y finalmente aun va con él hasta Egipto (46,4). La deidad de estos cuentos



patriarcales también es una deidad que conduce. Y el que es guiado se hace su devoto en fe (15,6) y “anda” al sonido de su llamado (12,4), hasta en la prueba final en que se le demanda devolverle a Dios lo que se le ha concedido, y se va otra vez en “silencio” (22,3) a realizar lo que se le ha impuesto. Aquí encontramos la explicación de por qué el profeta anónimo tardío (Is 41,8) vuelve a esa frase del Decálogo y el Canto de Débora acerca de los “amantes” de Dios, que usa para describir a Abraham.<sup>1</sup>

Otro de los investigadores, en este caso protestante, Walther Zimmerli, expresa que a Abraham no se le ha dado la propiedad de la tierra adonde Yahveh le ha llevado; que debe esperar, moviéndose hacia el futuro al cual aún no ha arribado. “Los Padres viven como *gerim* (extranjeros), como forasteros en una tierra a la que no pertenecen, como un pueblo que no tiene derechos a la tierra y consecuentemente no puede tener su propiedad”.<sup>2</sup> Pero cuando llegamos a Génesis 23 y se relata la muerte de su mujer Sara, Abraham compra a los cananeos una pequeña cueva donde enterrarla. Y se pregunta Zimmerli: “¿Qué es lo que ha ganado Abraham de la tierra prometida? Meramente un campo para enterramiento. Todo lo que posee es una tumba, obviamente una confirmación del carácter transitorio, pero al fin, una señal de la promesa del futuro. Una forma extraordinaria de expresar la expectación de una promesa del futuro que aún no se ha redimido”.<sup>3</sup>

Veamos, ahora, otras ideas del teólogo bíblico Samuel L. Terrien, francés que se radicó en los Estados Unidos y es autor de uno de los más hermosos libros de teología bíblica, titulado *La presencia elusiva*. Observa que, después del caos relatado en el episodio de la Torre de Babel y del fracaso de la humanidad, que no encuentra seguridad en términos territoriales, surge la figura de Abraham

[...] que se introduce como la encarnación de una nueva forma de sociedad que deliberadamente rompe sus lazos con un pasado estático con el fin de experimentar dentro del tiempo. El motivo nomádico del tránsito, surge como un símbolo de apertura hacia el futuro. Israel ha percibido que la historia no es mera historiografía, anales del pasado, sino que Israel de manera cúltrica atesora su memoria épica debido su voluntad de preparar su futuro.<sup>4</sup>

En cada generación se le pide al pueblo de Dios decidir, y esta opción es dolorosa y perturbadora, y cuando uno decide no hay regreso. “Como Abraham, Israel

está desarraigada y su alienación del pasado histórico de la humanidad resulta directamente de su teología de la presencia”.<sup>5</sup> Pero esta resolución dolorosa lleva, también, hacia la espera de una bendición (*berakah*): “La bendición es el poder que transforma al individuo de un pasado estático para convertirse en el ser humano histórico, *homo historicus*”.<sup>6</sup> La idea de ser una bendición para todos los pueblos y naciones es revolucionaria. La misión de Israel en la historia era la de efectuar la reconciliación entre todas las familias de la tierra. En su texto *Exilio y sobrevivencia*, el investigador José Severino Croatto afirma: “El tono del versículo 1 (márchate de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre) destaca el desarraigo y la desinstalación, lo que por el contrario-efecto remarca, para la continuación de los episodios, la importancia que había tenido la residencia en Harrán”.<sup>7</sup>

El anuncio de ser Abrahán un “*pueblo grande*” está dicho, en realidad, a los destinatarios del texto, que son los exiliados en Babilonia (en el contexto del documento ‘S’) y sobre todo los dispersos por todo el mundo (la diáspora), en el nivel de la redacción actual del libro. Esta es la verdadera clave de lectura de todo el texto. Lo dicho a Abrahán está todavía por realizarse, y está aún en la instancia de la promesa. Es la utopía imaginada para generar esperanza en quienes han dejado de ser “pueblo” y están perdiendo su identidad y su conciencia cultural y religiosa. Es el mismo mensaje que persigue el 2-Isaías, sea como palabra del profeta del exilio, sea sobre todo como relectura pos-exílica en el marco de la diáspora.<sup>8</sup>

[...]

Estamos en el nivel del metalenguaje: *en lo que se dice, se está diciendo otra cosa*. La historia pasada es aún un paradigma de la que hay que construir. Los judíos de la diáspora descubren en la lectura de estas historias *su propia historia*, todavía no terminada [...] Todo el Pentateuco es así un mensaje positivo, un impulso a la recreación de la esperanza. Es creador de utopías.<sup>9</sup>

## II. El éxodo de Israel (Ex 13,17-22)

Este momento es un punto básico en la teología del Primer Testamento, en la teología de Israel, y, de cierto modo, también en la teología de las religiones abrahámicas.

Es en el evento del éxodo cuando Israel tiene la experiencia de un Dios soberano, que, en medio de las situaciones más desesperadas, es capaz de hacer

surgir una nueva creación. Dios escuchó el clamor de la opresión de su pueblo (Ex 3,7.9). Yahveh escucha las voces de las víctimas de la violencia y de la opresión, y ello se convierte en un elemento esencial para la fe de Israel. El credo de Dt 26,5-11 (cf. Dt 6,20-24; Jos 24,2.13) menciona como artículo segundo la entrada en Canaán: la liberación del éxodo es para la conquista de la tierra (cf. Pablo en Antioquía de Pisidia, Hch 13).

La fe en un Dios único, que orienta la historia según las leyes de la justicia para establecer su reino, está en la base del concepto de historia en Israel. Las catástrofes nacionales son la ocasión propicia para reflexionar sobre la providencia de Dios en su historia y la parte de responsabilidad que deben asumir. El sentido de la historia del “deuteronomista” es, precisamente, este: el pueblo clama y Yahveh responde enviando liberadores (Jueces, 1 Sam 12,8, etc.) Y este es, también, el contenido del mensaje de los profetas: de la angustia del sufrimiento y de la muerte a la vida en libertad. Y solo por fe es que el pueblo puede creer en esa acción liberadora de Dios.

Sorprende constatar hasta qué punto la imagen del “éxodo” domina al Segundo Isaías (por ejemplo, 40,3s; 55,12-13). Para el profeta, las razones del sufrimiento y el establecimiento del reino se pueden entender contemplando el plan divino; saluda en Ciro al “Mesías”, el instrumento providencial de liberación: es en este episodio del éxodo cuando Yahveh dirige a su pueblo e interviene en la historia. Claro que este nuevo éxodo no será la reproducción exacta del anterior: tiene lugar una profundización en conceptos como “restablecer” y “desierto”, que toman un significado espiritual.

### III. Hospitalidad al inmigrante (Lv 19,33-34; Ez 36,26)

Quiero considerar un nuevo elemento dentro del tema que venimos abordando. Me refiero a la hospitalidad que se brinda al inmigrante y, para eso, es necesario acudir a cierto pasaje que se encuentra en Levítico 19,33-34. La hospitalidad. La ley de ajuste al inmigrante. Este momento es comentado con acierto por el maestro Martin Buber: “Aun el esclavo admitido en la comunidad hogareña, aun al *ger* (extranjero) admitido en la comunidad nacional, debe permitírseles compartir el descanso divino (el *Shabbath*), debe permitírseles celebrar el Día de Yahveh con él. El sábado es la propiedad común de todos, y todos deben gozarlo sin restricción”.<sup>10</sup>

#### IV. El destierro a Babilonia (Jer 24,4-7; 31,31-34)

El último punto que trataré es el del destierro a Babilonia. Nos basaremos en la profecía de Jeremías (Jer 24 y 31). Entre los judíos persiste una gran polémica generada por aquellos que son partidarios de la tierra, es decir, por quienes piensan que no puede haber nación de Israel sin estar en posesión de su tierra.

Peter R. Ackroyd se refiere al sentido teológico de *galuth* (“destierro” en hebreo):

Si tuviéramos que tomar una frase que fuera típica de todo el período, sería seguramente “conocer que yo soy Yaveh”, la mera expresión del nombre y naturaleza de Dios. Un nuevo éxodo será el elemento central en la fe que ahora se re-experimenta [...] la captación de la idea del exilio y la restauración no se hace en términos del Éxodo, un nuevo acto de liberación, sino en términos de la misericordia continua y la gracia de Dios que opera, a pesar del hecho que la justicia demandaba la destrucción del pueblo y de la tierra.<sup>11</sup>

#### V. La restauración

Podríamos referirnos a pasajes en Jeremías, Ezequiel, el Deutero-Isaías, Hageo, Zacarías, pero voy a concentrarme solo en Jeremías (p. ej. 16,14-15; 23,7-8; 30,8-11.16-24; 31,27-40). Milton Schwantes en su *Sufrimiento y esperanza en el exilio*, afirma que todos los temas relacionados que encontramos en esta época aluden a nuestros propios exilios, nos recuerdan las dominaciones colonialistas e imperialistas que “desde siglos tienen bajo el yugo a nuestros pueblos: las esperanzas de los de Judá que quedaron y de los jerosolimitanos deportados hacen aflorar nuestras utopías”.<sup>12</sup> En vez del cuadro de la devastación y el sufrimiento, afirma Schwantes:

[...] muy otro es el cuadro cuando el futuro está en cuestión. Ahí no hay unanimidad. Prevalece la divergencia. Las utopías de Ezequiel no coinciden con las de los cánticos del Siervo de Yavé. Uno ve la universalidad del yavismo a partir del templo, el otro la fórmula a partir del sufrimiento y de su significado vicario [...] hoy sucede algo similar. Una de las grandes debilidades de los sectores empobrecidos son las divergencias de los proyectos. Las propuestas para la superación de la miseria, en la cual la América Latina se ve arrojada, no alcanzan un nivel suficiente de cohesión. Hasta se puede decir que solo raramente y bajo condiciones muy especiales, las fuerzas liberadoras

consiguieron agruparse en beneficio de efectivas transformaciones. Sufrimos la falta de convergencia de las utopías [...] El exilio está venciendo, pues la realidad que vivimos está envuelta en neblinas nada transparentes, pues las utopías en que soñamos no logran la necesaria cohesión. Pero a pesar de eso, ¡el exilio tiene sus días contados!... ¡ya agoniza!<sup>13</sup>

## Preguntas para la reflexión

1. ¿Hay en nuestros exiliados un sentido del llamado de Dios?
2. ¿Algunos regresarían?, ¿cuándo, por qué y cómo?
3. ¿Qué podemos hacer para instaurar en nuestra juventud un mayor sentido patriótico?
4. ¿Qué aspectos de la teología de la migración en el Antiguo Testamento nos servirían a los cubanos?
5. ¿Qué importancia se le da al diálogo y colaboración con el exilio cubano? ¿Cómo puede mejorarse la relación con el exilio cubano?
6. ¿En qué medida Félix Varela, Máximo Gómez y José Martí, como exiliados que fueran, nos pueden servir de paradigmas dentro de una reflexión aplicada a la Cuba de hoy? ♦

## Notas

- 1 Martin Buber: *The Prophetic Faith*, Harper & Row Publishers, New York, 1960, p. 31.
- 2 Walther Zimmerli: *The Old Testament and the World*, John Knox Press, Atlanta, 1976, p. 68.
- 3 *Ibidem*, p. 69.
- 4 Samuel L Terrien: *The Elusive Presence: Toward a New Biblical Theology*, Harper & Row, San Francisco, 1983, p. 73.
- 5 *Ibidem*, p. 74.
- 6 *Idem*.
- 7 José Severino Croatto: *Exilio y sobrevivencia: tradiciones contraculturales en el Pentateuco (Comentario de Génesis 4:1-12:9)*, Editorial Lumen, Buenos Aires, 1997, p. 421.
- 8 *Ibidem*, p. 424.
- 9 *Ibidem*, p. 442.
- 10 Martin Buber: *Moses: the Revelation and the Covenant*, Harper & Row-Publishers, New York, 1958, p. 84.
- 11 Peter R. Ackroyd: *Exile and Restoration: A Study of Hebrew Thought of the Sixth Century B.C.*, Westminster, Philadelphia, 1968, pp. 234-235.
- 12 Milton Schwantes: *Sufrimiento y esperanza en el exilio: historia y teología del pueblo de Dios en el siglo VI a. C.*, Ediciones Rehue Ltda., Santiago de Chile, 1991, pp. 119-120.
- 13 *Ibidem*, pp. 124-125.

# “Hospedaos unos a otros”.

## La hospitalidad según 1 Pedro

**Daniel Montoya Rosales**



**E**l norteamericano Walter Brueggemann, conocido estudioso del Antiguo Testamento, ha dicho que vivimos en una época de los sin hogar en lo personal y, en lo público, estamos desesperanzados, desorientados, angustiados. Se trata de señalamientos significativos, con plena vigencia en la sociedad contemporánea, a los que, inevitablemente, debe prestársele atención desde el campo religioso, y no por voluntad contemplativa sino, más bien, pensando en cómo asumir los retos que plantean. Frente a tales circunstancias, habría que revisar nuestros actos de inmediato, nuestras posiciones ante temas esenciales como, por ejemplo, la hospitalidad. Habría que hacerse preguntas respecto a la manera en que se responde en este caso. ¿Constituyen nuestras iglesias comunidades hospitalarias?; ¿cuáles son los obstáculos en contra de la hospitalidad que se presentan en la sociedad en que vivimos?; ¿qué espacios alternativos se nos ofrecen para construir una comunidad más incluyente?

La segunda epístola universal de san Pedro Apóstol,<sup>1</sup> a la que me voy a acercar a partir de una lectura bíblico-teológica, hace referencia a la hospitalidad precisamente y ofrece argumentos, revela verdades acerca de la importancia de esta en la existencia humana, en especial, respecto al proceso de las migraciones. Debo reconocer, en este sentido, la utilidad de la consulta del libro *Un hogar para los que no tienen patria ni hogar: estudio crítico social de la Carta primera de Pedro y de su situación y estrategia*, de John H. Elliott (Editorial Verbo Divino, Estella, Navarra, 1995), que emprende un interesante estudio crítico-social de 1 Pedro. Elliott considera que los cristianos destinatarios de esta carta, sociológicamente, no solo eran exiliados en el orden espiritual: estaban entre los marginados de Asia Menor, sin poder ni prestigio, en medio de una sociedad hostil, no cristiana. En su condición de extranjeros, luchaban como sufrientes en tierra extraña y encontraban un hogar en la comunidad cristiana únicamente, en la familia de fe, en la casa de Dios. Esto resulta bien claro al inicio de la carta. Pedro escribe a una comunidad de inmigrantes, expatriados (1 P 1), extranjeros y peregrinos (1 P 2,11), llamando a los cristianos a la esperanza, a la buena conducta y, particularmente, los exhorta a practicar la hospitalidad (1 P 4,9): “Hospedaos unos a otros”.

También quisiera presentarles algunas ideas en torno a la hospitalidad, un término que ha devenido muy ecuménico: es así que se habla de la “hospitalidad eucarística”. Las iglesias deben ser más hospitalarias. Los cristianos deben practicar la hospitalidad. En griego el término es *filoxenia* y significa lo contrario a xenofobia. En el siglo I connotaba apertura para encontrar al otro como persona en necesidad, encontrar al otro como igual. Entonces había tensiones debido a desigualdades socioculturales, económicas, ideológicas y religiosas. De hecho, se dejaba muy poco espacio para practicar la hospitalidad en el Nuevo Testamento; sobre todo, cuando el otro tenía una deidad diferente. Por un lado, la comunidad cristiana del siglo I estaba luchando por distinguirse como una fe distinta, por lograr una identidad en el contexto del imperio romano y del pluralismo religioso. *Filoxenia* es, simplemente, expresión de amor. Todos los cristianos deben ser *filoxenos*.

¿Cómo actuar frente a los extranjeros? En ocasiones, la divinidad se ha presentado bajo la apariencia de un huésped. Lo dice Hebreos 13,2: “Mientras practicaban la hospitalidad muchos acogieron a ángeles”. La tradición cristiana ha identificado a los tres peregrinos de Génesis 18 con la Trinidad.

La virtud de la hospitalidad era muy estimada entre los griegos y romanos. De hecho, *La odisea*, obra que muestra ampliamente sus costumbres, se considera un tratado de la ley de hospitalidad.

¿Por qué se confirió este valor a la hospitalidad en el mundo grecorromano? Sin duda, una sociedad con tanta movilidad por causa de necesidades económicas, peregrinaciones, necesitaba prestigiar el amparo a los viajeros, pero, además de eso, el extranjero resultaba atrayente, inquietante, extraordinario. El forastero irrumpía en su medio como una amenaza desidentificadora, pero, asimismo, en tanto desconocido y misterioso, podía ser asumido como un mensajero de los dioses.

1 Pedro nos habla de una nueva sociedad alternativa, que comienza en la casa. De ahí la importancia de *oikos* (1 P 4,17). La casa constituía la unidad básica de la sociedad imperial no solamente en sentido económico. Se trataba de comunidades rurales mayormente, donde la casa era grande, y, además, contaba con una familia extensa o extendida, donde convivían los esclavos, los empleados, las parentelas...; cada hogar podría incluir hasta setenta personas. Así la casa o familia ofrecía a la misión cristiana una posibilidad única; aunque fuera fragmentariamente, le brindaba una oportunidad de llevar a la práctica un mensaje en medio de aquella sociedad pagana. A partir de la casa se hacía posible la constitución de una red social y relaciones distintas a las que se daban en el entorno.

Para los desarraigados, los forasteros, los desposeídos..., las casas cristianas significaron la oportunidad de un nuevo hogar, la integración a una sociedad distinta y fraternal. Era un cambio estructural, no decretado desde arriba sino desde abajo. Era el espacio para el amor mutuo no como puro sentimiento interior, no como pura realidad espiritual, sino principio interno de sociedad diferente. Esto representaba un paradigma renovador de las relaciones sociales, entre cristianos y, también, de ellos para con el mundo. Una ideología alternativa, una utopía inédita, que socavaba los cimientos de estructuras de poder vigentes en el imperio romano —en medio del cual vivían las comunidades petrinas— y proporcionaba elementos críticos para la transformación.

Así, los creyentes como forasteros e inmigrantes se convierten en supuesto básico de comunidad cristiana (1 P 1,1.17; 2,11). Frente a una ideología que proclamaba al emperador como *pater patriae* de todo el imperio, dotado de todos los derechos y deberes de un paterfamilias, esta es una carta subversiva que asegura a los cristianos del imperio romano que Dios es el único padre



y juez, con el propósito de afianzarles la fe y exhortarles, en la gracia y en la esperanza, al amor cristiano.

Esto nos lleva a la necesidad de estar abiertos a la alteridad como principio ético que reconoce la existencia del otro, del que es distinto a nosotros. Es en la diferencia, y no en la igualdad, donde tienen su base el respeto y la acogida del otro. El otro no constituye una sustancia ni un concepto, ni un simple elemento de la especie, ni puede reducirse a un objeto de conocimiento, de estudio o investigación. El otro es anterior a toda razón. De ahí que, entre las tareas que hoy tienen por delante las religiones, se encuentra, indudable e inevitablemente, la de fomentar la hospitalidad.

El fenómeno de las migraciones aparece en el origen de la mayoría de las religiones, no por razones románticas, sino por la necesidad de sobrevivencia, por la búsqueda de mejores condiciones de vida, por la conquista de más libertad, por el deseo de buscar nuevos horizontes de sentido. La hospitalidad es principio de humanidad, regla básica de humanización, fundamento ético de las religiones. ♦

## Notas

- 1 La primera carta de Pedro fue compuesta y enviada por un grupo petrino de Roma que escribía en nombre del apóstol en torno al año 80 del siglo I de nuestra era, respaldándose por su autoridad. De manera que se trata de un escrito seudoeπίgrafo, el cual, a modo de carta circular, fuera dirigido a las iglesias de Asia Menor, por iniciativa de responsables de la comunidad eclesial, quienes eran conocedores de la situación que atravesaban los cristianos perseguidos por su fe. Muchos comentaristas se inclinan a asegurar que fue Roma su lugar de redacción, aunque el texto mismo testificara que el asiento de la comunidad remitente había sido Babilonia (1 Pedro 5,13). En realidad, ese nombre simbólico se le aplicaba con frecuencia a la capital del imperio, después de la caída del templo de Jerusalén.

# La emigración y su impacto en la familia cubana

**Patricia Arés Muzio**



**E**l proceso de emigración, en diferentes etapas históricas, ha tenido un considerable impacto psicosocial en las familias cubanas. Diversas investigaciones sobre el tema dentro de las ciencias sociales han venido desarrollándose en el país, entre las que se destacan las llevadas a cabo por la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana. Principalmente, evalúan sus huellas en los últimos diez años, aunque también analizan, como antecedentes, otras oleadas migratorias, en específico, la emigración en la familia cubana a partir del triunfo de la Revolución, en 1959.

Resulta necesaria una definición del concepto “emigración”, de gran relevancia en el contexto cubano. La emigración es el traslado de un individuo o grupo familiar de un país a otro, para vivir en él temporal o definitivamente. Implica un cambio del entorno social y subjetivo, a partir del cual se establece una nueva forma de relación de las personas con su hogar y su país de origen. Como puede verse, la naturaleza de este concepto es neutral y pudiera ser válida para

cualquier situación de emigración fuera del contexto de la Isla. Sin embargo, la emigración en el contexto cubano ha sido más dramática desde el punto de vista emocional y social, producto, fundamentalmente, del diferendo Cuba-Estados Unidos y de las políticas que ambos países han desarrollado, políticas de gobierno, de Estado, pero donde los mayores protagonistas del dolor, del sufrimiento, han sido la familia y el ciudadano cubano en particular.

Antes del triunfo de la Revolución, se produjeron numerosas experiencias de inmigración, pero después de este momento ocurrió todo lo contrario: Cuba, hoy día, ha sido proclamada como un país de emigrantes por estudiosos del tema.

Pudiera decirse que, en las circunstancias actuales, la emigración se legitima política y socialmente como una estrategia de vida, o como una solución económica; se considera como una alternativa de las personas, de las familias, para mejorar su situación. Se le da una connotación más económica que política.

Desde el triunfo de la Revolución y, principalmente, en sus primeros años, la emigración fue muy politizada, muy ideologizada; emigrar significó, para muchos cubanos, un estigma social. Era contemplado “al que se iba” como alguien que se desarraigaba, se desnaturalizaba y, peor aún, cometía un acto de deslealtad, se transformaba en un traidor. En un periodo más reciente, este fenómeno ha ido naturalizándose, normalizándose, en medio de un contexto globalizado, donde emigrar es una estrategia de vida en particular para los latinoamericanos, aunque se produce internacionalmente.

En Cuba, varias y muy diversas oleadas migratorias se han sucedido después del triunfo revolucionario en 1959. La primera, que dio comienzo en enero de ese mismo año y se estima que duró hasta octubre de 1962, estuvo integrada, en lo fundamental, por la pequeña burguesía y personas vinculadas a la dictadura de Fulgencio Batista. Fue la más politizada de todas. De hecho, muchos de los que la conformaron se marcharon pensando que se trataba de un desplazamiento transitorio y que retornarían una vez transcurrido determinado plazo, tras ser derrotado el proceso revolucionario que se desarrollaba en la Isla.

Un suceso dramático que marcó este momento fue la Operación Peter Pan, llevada a cabo en 1960. Desde los Estados Unidos, se promovió una campaña mediante la cual se decía que la instauración del comunismo en Cuba implicaría quitarles el derecho sobre los niños a todas las familias, retirarles la patria potestad. ¡Había que salvar a los niños del comunismo! Entonces, los padres comenzaron a enviarlos solos, sin su familia, hacia suelo norteamericano. En

torno a esto se ha escrito bastante. El propio testimonio de los “niños Peter Pan”, como se les denominó a los pequeños que fueron sacados así de la Isla, es, sin duda, uno de los modos de apreciar el dolor, el desgarramiento que trajo consigo esta experiencia. De los niños Peter Pan, que cuentan en la actualidad con más de sesenta años de edad, hubo muchos que nunca más vieron a sus padres, no pudieron reencontrarse.

Estos acontecimientos implicaron confrontaciones políticas entre Cuba y los Estados Unidos. Así ocurriría durante la segunda oleada, que propició la salida de 240 000 personas entre el 1965 y 1973, cuando se produjo lo que se ha conocido como el puente aéreo Varadero-Miami. Igualmente, se facilitó el embarque desde el puerto de Camarioca, desde donde, en apenas dos meses, entre octubre y noviembre de 1965, partieron unos dos mil setecientos cubanos.

Más adelante, tuvo lugar la llamada reunificación familiar, como resultado de conversaciones oficiales entre los gobiernos de ambas naciones. A este proceso responden expresiones generalizadas como “la comunidad”, “el reencuentro” o “el proceso de la comunidad”. Personas, familias enteras, que habían dejado de verse durante diez o quince años, se reencontraron. El documental “Cuba-Miami”, de la realizadora audiovisual Estela Bravo, proporciona una visión impactante de lo acontecido a partir ese acuerdo, que permitió la visita al país de unos cien mil cubanos procedentes de los Estados Unidos.

Hasta ese instante, la politización del proceso de emigración, la intensificación del diferendo Cuba-Estados Unidos, habían llevado a una situación tal que el que se iba prácticamente dejaba de existir para quienes quedaban en la Isla; la “la salida” simbolizaba una especie de “muerte en vida”. Según el testimonio de muchas personas, implicaba el rompimiento radical de relaciones entre padres e hijos, hermanos, parientes en general, amigos y vecinos.

Una mujer, en consulta, me dijo que permaneció diez años sin comunicarse con la hermana, que había emigrado. Sin embargo, tras el reencuentro, solo conversando toda una noche en vela, “volvieron a atar sus lazos” y se convirtieron en las mismas hermanas que habían sido siempre. Esto demuestra que los vínculos familiares nunca son descartables, se sostienen sobre la base de “lealtades invisibles”, que tejen determinados códigos afectivos más allá de las diferencias políticas, ideológicas.

El proceso de reunificación familiar resultó muy positivo, fue un intento importante por tratar de normalizar las relaciones en este sentido. Sin embargo, poco después, en 1980, tuvieron lugar los sucesos de la embajada de Perú en

La Habana, donde cerca de diez mil personas se asilaron, con la intención de abandonar, posteriormente, el país. Esto desató, de inmediato, nuevas turbulencias, que, entre otros resultados, llevaron al gobierno de la Isla a permitir que 125 000 personas partieran hacia los Estados Unidos por el puerto del Mariel.

Las tensiones, por tanto, se reanudaron. De hecho, la politización del tema, su estigmatización social, volvieron a estar en primer plano. Ocurrieron actos hostiles, de repudio, ofensivos, contra quienes iban a emigrar. Se les gritaba “escorias”, “vende-patrias”, entre otras palabras vejatorias. Formaba parte del clima al que conducía el diferendo entre Cuba y los Estados Unidos; era una muestra de afianzamiento de la ideología revolucionaria, pero el costo resultaba muy alto. Las personas, las familias, fueron, nuevamente, los protagonistas, las víctimas del dolor, del sufrimiento. Aquella historia constituyó una “página negra” a no repetir, porque no existe diferencia ideológica alguna que justifique cuanto se llegó a hacer en términos de vandalismo, agresión e insulto.

En 1994, tuvo lugar una de las más significativas oleadas migratorias: la llamada “crisis de los balseros”. Varios factores confluyeron para que esta se produjera. Había caído el campo socialista de la Europa del Este, y los Estados Unidos hacían todo lo posible por provocar el derrumbe del proceso revolucionario en la Isla. Entre numerosas acciones, pueden destacarse el recrudecimiento del bloqueo económico y el estímulo a las salidas ilegales del país a partir de la aplicación de la Ley de Ajuste Cubano. La respuesta del gobierno cubano fue la de permitir la partida de todo aquel que quisiese hacerlo, específicamente, por vía marítima. En embarcaciones precarias, se lanzaron al agua familias enteras, con niños y ancianos incluidos. Los riesgos eran muy grandes y muchas personas perecieron ahogados, devorados por los tiburones, deshidratados por la insolación... Tuvieron lugar historias muy dramáticas, que aún están vivas, palpitando, en la memoria del cubano y la cubana.

El drama que ha suscitado el proceso de emigración de los cubanos, comenzó a vivir otro capítulo de dolor en 1996, cuando el presidente norteamericano George W. Bush restringió las posibilidades de contacto entre los emigrados y su familia en Cuba, de nuevo a partir del recrudecimiento del diferendo Cuba-Estados Unidos. Después que el gobierno de la Isla derribó una avioneta de la organización Hermanos al Rescate, que sobrevolaba territorio cubano —lo cual representó una evidente acción provocadora—, Bush tomó varias medidas como la de establecer nuevas regulaciones para los viajes de los emigrados a su tierra natal,

que solo podrían realizarse cada tres años y para visitar a parientes de primera línea de consanguinidad. También se restringió el envío de remesas a familiares en la Isla.

Todo lo ocurrido rompía con nuestra idiosincrasia, con nuestra idea de lo que es la familia. Para los cubanos y cubanas, por su forma de socialización característica, el concepto de familia es muy amplio; va más allá de los lazos propiamente consanguíneos. Los tíos, los primos, los primos segundos son considerados familiares cercanos en Cuba. Hasta los vecinos son incluidos, en ocasiones, dentro de la familia. En mi práctica profesional, lo he podido comprobar de diversos modos, y uno de los más reveladores y conmovedores, ha sido el testimonio dado por algunos niños. Los he puesto a pintar, a representar a su familia, y, como son tantos los miembros que la integran, han terminado pidiendo más hojas, porque no les alcanzan las que tienen para incluir a todos sus integrantes.

En 1998, los Estados Unidos levantó esas restricciones últimas, lo que permitió una mayor interacción familiar. Comenzaron a normalizarse las gestiones migratorias, se anunció que serían otorgadas veinte mil visas anuales. Durante la segunda mitad de los años noventa —es decir, entre 1995 y 1999—, el flujo migratorio fue de más de ciento sesenta mil cubanos. Se produjo un hecho significativo dentro de la Isla en este período: la emigración ya no tenía, necesariamente, carácter definitivo. Gran parte de la emigración cubana anterior, sin embargo, había tenido una condición de “salida definitiva del país”, sin retorno, obligada a instalarse en el país receptor para siempre.

Semejante idea de ausencia prolongada, de desarraigo familiar, había condicionado en los cubanos y las cubanas un duelo emocional “perpetuo” y “complicado”. Otros países, en cambio, han visto tradicionalmente la emigración como un hecho natural; las facilidades para el contacto con los familiares fluyen y, además, el proceso puede ser temporal, transitorio, reversible: si no marcha bien, se puede retornar. Pero, en Cuba, la salida ocurría, inevitablemente, para toda la vida. Eran conmovedoras las escenas que se vivían en los aeropuertos, al despedir a los que se marchaban, pues se sabía que esto significaba que no se volvería a la patria, a la tierra que los vio nacer, a su familia, a su barrio, a su entorno.

Hay un texto de la escritora matancera Carilda Oliver Labra, en el que se siente el drama que trae para el individuo y su familia la emigración y el desarraigo. Es un poema que se llama “La tierra”: “Cuando vino mi abuela/

trajo un poco de tierra española,/ cuando se fue mi madre/ llevó un poco de tierra cubana./ Yo no guardaré conmigo ningún poco de patria:/ la quiero toda/ sobre mi tumba”.

La idea de la pérdida de la madre patria, del destierro, ha marcado a los cubanos y las cubanas. Entre nosotros y nosotras, ha subsistido como experiencia vital durante todos estos años, de generación en generación. Por fortuna, en la actualidad se lleva a cabo un proceso de flexibilización de las regulaciones migratorias cubanas, que tiene su expresión en el decreto 302, el cual modifica la ley de 1976. Anunciado en octubre de 2012 y puesto en vigor en enero de 2013, este decreto provee de un instrumento legal que, desde el primer momento, no concibe la salida sin retorno. La persona puede permanecer dos años fuera del país, sin que sea “expropiado” como cubano, no solo de sus propiedades materiales, sino, asimismo, de su identidad, de su nacionalidad. Gracias a ello, se normaliza esta situación y se facilita, inclusive, una cierta revisión de lo que es la emigración, visto de manera no tan “dramática” sino asumido con la transparencia con que es asumida en otras naciones. Es, en esencia, manifestación concreta del decrecimiento de los grados de politización e ideologización en torno al proceso de emigración en nuestro país.

Según datos del Centro de Estudios Demográficos de la Universidad de La Habana, 1 900 000 cubanos han asumido la categoría de emigrantes y se han establecido en una amplia gama de países. Es de destacar que, sobre todo, a partir de los años noventa se manifiesta esa tendencia a la diversificación de los destinos. Si bien el lugar privilegiado sigue siendo los Estados Unidos —y dentro de este Miami, Florida—, lo cierto es que el interés se ha extendido a numerosos países. Están Canadá, las repúblicas exsocialistas europeas, Angola o Sudáfrica, entre muchísimos destinos que, quizás, antes fueron inusuales.

Existen nuevas formas de expresión de la emigración, como, por ejemplo, “la temporal”. Esta se relaciona, mayormente, con lo cooperantes internacionalistas. Se llevan a cabo estudios en ese sentido, pues, debido a su permanencia fuera de las fronteras nacionales por dos y hasta más años, también ellos y sus familias sufren impactos desde el punto de vista psicológico, afines en sus características a los provocados por otro tipo de emigraciones. Se profundiza en las investigaciones no solo sobre el llamado “duelo migratorio” sino, igualmente, por las consecuencias del retorno. Quien vuelve no es el mismo que quien se fue, ni se encuentra con la misma familia, en las mismas condiciones, ni en el mismo momento.

Las investigaciones han indicado que a inicios del proceso revolucionario, las salidas de país tenían un carácter familiar y ocurrieron, en su mayoría, a partir de la llamada “reunificación”, por reclamo de parientes emigrados a los Estados Unidos. Ahora, este fenómeno se torna más individual. Quienes se marchan hoy son, sobre todo, jóvenes, entre los veinte y los treinta y cinco años de edad. Ha sido la tendencia, lo que, hasta cierto punto, es razonable, pues se trata de una etapa en que se sienten con el vigor y las ansias de emprender nuevos proyectos de vida.

Por otra parte, se sabe que la emigración cubana es más blanca que negra, más urbana que rural, y se afirma que quienes más tienden a irse del país son los residentes en ciudades costeras. Si bien en otros momentos era preponderantemente masculina, en la actualidad se ha reportado un aumento de la presencia femenina, al punto en que ya se están equiparando las cifras de hombres y mujeres emigrados. Sin embargo, continúa siendo muy distinta la connotación simbólica del acto para uno y otro sexos. En el caso de la mujer, este paso no es muy bien visto, pues implica el abandono del hogar, de la familia, mientras se tiende a exonerar a los hombres más fácilmente de las responsabilidades concernientes a ese ámbito.

Resulta llamativa, además, la disminución de las salidas desde el país por vías ilegales, aunque todavía se reportan casos, mayormente de personas que tienen causas pendientes con la ley. Asimismo, continúa empleándose la variante de las cigarretas, donde viajan familiares de emigrantes que, desde los Estados Unidos, pagan diez mil dólares por cada persona transportada; representa una aventura peligrosísima, que, en ocasiones, termina con la ocurrencia de trágicos accidentes, o con pasajeros lanzados al mar ante determinada contingencia. Pero, de todos modos, estos métodos son los menos utilizados a partir de las medidas para la normalización del proceso migratorio legal. Incluso, si se opta por otras “alternativas” para llegar hasta el destino Estados Unidos, es más seguro, por ejemplo, el desplazamiento por vía aérea, a través de terceros países, o atravesando la frontera mexicana o canadiense.

Evidentemente, durante los últimos diez años, las principales motivaciones de los emigrantes han sido económicas. Existe una generación joven en los Estados Unidos que no se identifica con el odio, con el rencor, con la rabia habitual de los primeros emigrados. Los actuales se han despolitizado respecto a Cuba, y poseen aspiraciones económicas en primer orden. El segundo de sus motivos lo constituye la reunificación familiar. Los tiempos históricos son largos, demoran



más que las urgencias personales, que los proyectos de vida, y este desajuste entre la “esperanza histórica” y la vida individual que se va, produce ciertos apremios e inconformidades en los jóvenes.

En Cuba, no abundan los estudios sobre el sujeto que emigra como tal, pero según lo que refiere la literatura especializada en torno a este asunto, y los testimonios de los familiares que quedan en la Isla, el emigrante experimenta una pérdida de estatus, se convierte en un ciudadano de segunda —y a veces de tercera. Sufre, también, una disminución significativa de amistades, y tiene que afrontar cambios de valores, de costumbres, de estilos de vida.

Hay algo muy doloroso, tanto para el emigrante como para la familia que deja atrás: la ruptura de los “ritos de continuidad”. El café por la mañana, el beso al niño, el despedirse de la pareja al salir cada día, el conversar con el vecino o con los compañeros de trabajo... Su supresión deja una sensación de vacío. Todos los que han vivido experiencias de estar fuera del país, lejos de la familia, entienden con mayor exactitud de lo que se está hablando. El distanciamiento de la familia de origen, o de la familia creada, produce mucha nostalgia, sensación de desarraigo; una percepción de estar distante-presente, cercano-ausente. Algunas personas no superan semejantes duelos migratorios: son los denominados “duelos enquistados”, que transforman a esas personas en desadaptados para siempre. Pero, obviamente, estos estados pueden desembocar en otros caminos. Se establecen nuevos rituales de conexión, como escribirse e-mail todos los días, chatear, hacer del domingo el día de la llamada telefónica; es decir, se efectúa el restablecimiento de los lazos en la distancia. Se producen, además, las que son conocidas como identidades híbridas, que propician la incorporación a otra cultura sin perder del todo la autóctona. Esto quiere decir que se come un día frijoles negros y platanitos maduros fritos, y al otro día un plato típico del país en el que se reside. Se unen costumbres, estilos de vida. Recuerdo un poema de una cubana que se decía neoyorkina en La Habana y habanera en Nueva York. No es otra cosa que la manifestación de una identidad híbrida.

No obstante, como tendencia, el cubano que emigra trata de mantenerse vinculado con sus raíces y sostiene un amplio intercambio con las redes de parentesco. Salvo el momento de ruptura drástica que hubo al principio de la Revolución, la emigración cubana ha tratado de sostener estos lazos; es algo propio de la familia cubana, que tiene la unidad entre sus peculiaridades. No es un secreto que, en la actualidad, muchas de las motivaciones de los jóvenes para ir hacia otros lugares, parten de la idea de ayudar económicamente a la familia

precisamente. Por otro lado, el que ha partido trata de establecer proyectos de reunificación con sus seres queridos, lo que marca el fuerte componente de atracción de la emigración cubana. Estos proyectos de reunión no siempre son logrados. En la década de los sesenta, quienes se marchaban primero eran los padres, y, después, estos atraían a los hijos. Ahora, ha ocurrido una inversión intergeneracional y quienes se van son, mayormente, los hijos, pero debe reconocerse que estos no siempre insisten en llevar consigo a los padres.

El interés de los emigrantes cubanos por compartir con su familia, con sus amigos, con su tierra, con sus orígenes, se aprecia en el hecho de que todos los años están visitando a la Isla unos cuatrocientos mil de ellos. Desde los Estados Unidos se ha implementado una campaña para tratar de contener dichos viajes. Hay muchos letreros en Miami donde se dice: “No vaya a Cuba”, “No envíe remesas a Cuba”, “No ayude al gobierno cubano”. Pero nada ha conseguido detener el intercambio y el reencuentro. Es significativo el ingreso en divisas que entra a la Isla por concepto de remesas y de viajes. En el caso de las remesas, ha habido cierta contracción en las mismas, pero así todo, sigue siendo uno de los principales ingresos del país.

Resulta importante señalar que la remesa no solo tiene un valor económico sino, también, simbólico, emocional. Sin importar la cantidad que sea, trae consigo un mensaje muy especial: “No te olvido”. Si un emigrado no manda remesa al hijo, a la familia e incluso al amigo, se interpreta como abandono. La remesa mantiene un nivel de conexión emocional, no es solo una ayuda económica. Y se está dando, además, una circunstancia nueva: la inversión de capital de los emigrantes para la apertura de negocios familiares por parte de quienes quedaron atrás. Es un capital de familia a familia.

El impacto psicológico de la emigración en la familia, pues, es múltiple y muy complejo. Aunque, por lo general, la decisión de irse es tomada previamente en el seno de la familia, es aprobada por esta, en la práctica no resulta fácil asumirla ni sobreponerse a los desgarramientos que implica. Peor aún cuando las salidas se producen con un carácter sorpresivo, estratégicamente en secreto, sin haber sido compartida con los demás parientes; deja una más profunda estela de dolor. Sea del modo que sea, el acto provoca, en primera instancia, un cataclismo de carácter estructural, puesto que se trata de un evento paranormativo, que desata una crisis de desmembramiento. Al estar ausente un miembro de la familia, necesariamente, se experimentarán cambios. Dentro de las tareas que se le destinarán al integrante emigrado se hallan la de mantener económicamente

a la familia, mandar dinero, o esforzarse por una probable reunificación. Por su lado, la familia atraviesa una etapa de reorganización funcional, de rearticulación de los vínculos, las jerarquías y los proyectos, mientras experimenta una fuerte conmoción emocional, por el duelo ante el ausente. En buena parte de los casos sufren lo que en psicología se llama “pena compleja” o “ambigua”. Los padres, por ejemplo, saben que el hijo va a disfrutar de un futuro mejor, que a lo mejor cumplirá sus sueños, podrá desarrollarse, pero, al mismo tiempo, siente un gran dolor al no tenerlo cerca como antes.

Una tesis de grado titulada “Los hijos del silencio”, discutida en la Universidad de La Habana, entrevistó a padres con un compromiso social elevado en Cuba, cuyos hijos se fueron. Esos padres enfrentaban no solo una pena compleja sino un duelo rabioso. “Qué lástima que mi hijo no pudo lograr sus sueños aquí, al lado mío, en mi tierra, donde él nació, y que su futuro sea fuera de nuestras fronteras”, decían. “¿Por qué no pudimos construirle un futuro intrafronteras?”. Se les notaba un sentimiento de impotencia, de rabia, debido a que una generación como la suya empuñó todo su esfuerzo, se sacrificó en la construcción de lo que se decía que iba a ser un futuro mejor para sus hijos; pero ese futuro luminoso, en la percepción de sus hijos, no llegó.

El último censo realizado en la Isla, puso en evidencia un aumento de los hogares de personas sin familia, unipersonales. Son, sobre todo, de ancianos, muchos de las cuales he atendido en mi consulta y expresan: “Cuidé a mis padres, cuidé a mi hijo, a mis nietos, y ahora no tengo quien esté conmigo, quien me cuide a mí”. Son mujeres divorciadas o viudas, cuyo único hijo se fue —hay que tener en cuenta que el índice de fecundidad en Cuba no sobrepasa los dos hijos— y han quedado definitivamente solas; algunas, con depresión. Es lo que se conoce en psicología de la familia como el síndrome del “nido vacío”.

También han quedado atrás, sin sus padres, muchos niños. Cuba no ha afrontado resultados tan dramáticos en este sentido como otros países, pues, entre otros factores, aquí existen efectivas políticas sociales de protección a la infancia. No obstante, estos pequeños de padres o madres emigrados, enfrentan cierto tipo de vulnerabilidad, material o emocional.

Otra arista del asunto es la cuestión de los niños que se van, a los que hemos llamado “emigrantes por carácter transitivo”, pues emigran por la decisión de sus familiares. Es ese pequeño que no desea irse, pero, como los padres se van, se encuentra obligado a hacerlo. Lo cambian de lugar, de contexto. Recuerdo el caso del niño Elián González. Si algo tuvimos que hacer los psicólogos en ese

momento fue estudiar a profundidad el impacto de la emigración en los niños, el impacto de este fenómeno en la familia, asociado a la crisis de los balseros, a aquellas embarcaciones precarias, todo lo que vivió Elián con tan corta edad —seis años—. Consideremos a cuántas situaciones traumáticas él fue expuesto, y cómo, en general, la emigración pone a la infancia en riesgo, en situación de vulnerabilidad.

Son múltiples los conflictos que este fenómeno puede producir a esas edades. Hay un evento que los terapeutas denominamos como del “hijo tironeado”. Ocurre, por ejemplo, cuando un padre impide que la madre emigre con el hijo, pues, en Cuba, él tiene que dar el consentimiento: lo asiste el derecho de patria potestad junto a la madre. En una circunstancia como esa, suele empezar el tironeo, la descalificación mutua de los progenitores, el conflicto familiar severo. Puede darse una situación a la inversa. El padre se encuentra en el extranjero y quiere atraer al hijo, decisión a la que se opone la madre. El padre despliega una política de sugerencias, le manda al hijo videos del cuarto que tendría si se fuera, hace alusión a la cuenta bancaria que le tiene guardada para cuando se vaya... Por el otro lado, la madre le dice: “Este es tu país, aquí naciste y aquí te vas a quedar”. De este modo, el niño crece rodeado de tensión; entre los cantos de sirena del padre y los reclamos de la madre; entre dos filosofías de vida, dos ideologías diferentes. Cuando esto se manifiesta como un proceso radical, a la víctima se le llama “niño entre banderas”. Representa una realidad psicoemocional muy difícil; llega un momento en que el niño no cree en nada ni en nadie como consecuencia de las descalificaciones mutuas. Se vuelve un gran oportunista y puede llegar a expresar rasgos de sociopatía.

Existen otros conflictos asociados. Está el caso que conocemos como de “el príncipe y el mendigo”. El drama parte de progenitores divorciados, uno de los cuales se encuentra residiendo en el extranjero. Supongamos que es el padre. Este envía remesas para el niño, pero solo las puede disfrutar en la casa de la abuela paterna. Allí cuenta con juguetes, ropa, comida, pero, después, regresa a su casa de residencia, junto a su madre y al resto de la familia materna, donde no posee nada de eso; se le presenta, así, una visión dual de la vida.

A otro fenómeno le hemos denominado el síndrome de “el coche parado”. Corresponde a ese adolescente que está esperando para abandonar el país, pero su salida demora y decide no hacer nada. No trabaja, no estudia “porque se va”. Su proyecto es ese, esperar a irse. Mientras, “detiene la vida”; no trabaja, porque

dice no hallarle sentido a eso, lo que va a recibir como salario no lo satisface y los padres son cómplices de este tipo de actitud.

Asimismo, dentro de las figuras que se han detectado en torno al proceso de emigración, está la aparición de la llamada “madre transnacional”. Es aquella que ha emigrado y, no obstante, por teléfono u otras vías, se le consulta todo: sigue manteniendo un contacto y una supervisión a tiempo completo de los que dejó atrás; es, en esencia, quien lo decide todo a pesar de la distancia. Si el hijo tiene que asistir a un turno médico, si hay que buscarle un repasador para consolidar los conocimientos de la escuela. Curiosamente, si es el padre quien reside temporal o definitivamente en el exterior, no se le consultan los asuntos de la vida cotidiana. Se tiende a exonerar de este tipo de responsabilidades, al considerarse que su rol es solo el de trabajar para ayudar a la familia.

Por cierto, las nuevas tecnologías han posibilitado la existencia de lo que se conoce como “la ciberpareja”, que se mantiene viva por vía digital. En el caso cubano, debido a las dificultades en las conexiones por Internet, se añaden las limitaciones tecnológicas al drama emocional. Así y todo, este tipo de parejas se mantiene desde la Isla, sea a través del correo electrónico u otras alternativas. Forma parte de los múltiples modos de contacto generados dentro de la contemporaneidad, en los que el tradicional vínculo consanguíneo, de convivencia, se transforma en una categoría de familia cuyas interacciones se asumen por otras vías.

A una escala más amplia —digamos, a nivel de sociedad—, igualmente pueden percibirse fuertes impactos a causa del proceso de emigración. Dentro de los más significativos, se encuentra su incidencia en la descapitalización o pérdida de capital humano. Buena parte de los cuarenta mil cubanos que, como promedio, salen cada año del país, son profesionales relativamente jóvenes. Es a eso a lo que se denomina, entonces, “robo de cerebros”.

En Canadá, por ejemplo, el trabajo de un cibernético está muy bien cotizado y puede trasladarse hacia allá hasta con su familia y obtener permiso de trabajo. Resulta, obviamente, una oferta muy atractiva. No es fácil aceptar que un país invierta tanto en la formación de un profesional, con educación gratuita en todos sus niveles, para que, después, este realice su aporte social en otra nación. Cuba ha tomado una serie de medidas para evitar, en lo posible, esta fuga de cerebros y suplir el vacío que deja tras de sí el éxodo de valiosos profesionales.

El grupo etario de los emigrantes ha agudizado otra situación que enfrenta la Isla: el envejecimiento poblacional. En un país donde se reporta escasa natalidad y donde los jóvenes se marchan, es inevitable un desajuste demográfico.

Habría que añadir en este caso, además, que el factor juventud se combina con la feminización de la emigración, con lo cual se coloca sobre el tapete otro problema. Las que se van son mujeres en edad fértil, y tendrán sus hijos fuera del país. Es una realidad que muchas dilatan el momento de convertirse en madres a partir de que tienen en mente un proyecto migratorio. Disminuye, consecuentemente, el índice de fecundidad en la Isla.

La emigración conmociona, de igual forma, los valores familiares, los estilos de vida, las jerarquías, las costumbres. En la realidad cubana, se están incorporando tradiciones de procedencia estadounidense. Así, nos encontramos con niños celebrando Halloween [víspera del día de Todos los Santos]. ¿Qué tiene que ver Halloween con nosotros? Aparecen los *baby shower* [fiesta con motivo del próximo nacimiento de un niño]. Hay familias que celebran el *baby shower*, incluso empleando el nombre en inglés. En cierta forma, esto responde a los vínculos con la emigración, a la incidencia de la misma, de procesos de intercambios en diversos sentidos.

Un fenómeno sumamente interesante se viene reportando desde el año 2002. Se trata del retorno migratorio, que, por cierto, durante el último quinquenio se ha hecho mayor. No es un dato al que, de manera oficial, se le haya dado publicidad; no ha sido dado a conocer por los medios de prensa, pero lo cierto es que en Cuba ya existen personas que han decidido regresar definitivamente. No son denominados repatriados, porque aquí no existe esa categoría legal. El modo en que se reinsertan resulta un tanto ambiguo desde el punto de vista oficial, pero van retomando su condición de residentes en el país de forma paulatina.

Han sido muchos los niños traídos y avecindados, provenientes, sobre todo, de Europa. La emigración europea está teniendo una contracción económica significativa y, en particular, se han producido muchos retornos de jóvenes provenientes de España.

Otro caso llamativo de avecindamiento es el de los ancianos. En su mayoría, se trata de personas que se fueron después del Mariel y se insertaron en los Estados Unidos sin poseer seguro médico, sin tener posibilidades de ascender económicamente. Han alcanzado la tercera edad y no cuentan con recursos suficientes que los respalden. Mientras aquellos que están el edad laboral marchan a sus ocupaciones diarias, ellos permanecen encerrados en la casa. Las familias con que viven no tienen cómo pagarle un *home* [residencia de ancianos], donde podrían ser atendidos, y, por otra parte, como no poseen seguro médico, si se enfermaran llevarían a la ruina la economía doméstica.

Ante tal situación, en ocasiones, se produce un arreglo con los parientes que residen en Cuba: se determina el regreso del anciano a la Isla, bajo la condición de enviar periódicamente una remesa suficiente para mantenerlo a él y al resto de la familia que lo acoge.

A su llegada, pasan por una etapa de resocialización en el contexto cubano. He tenido la oportunidad de conversar con algunos de ellos en consulta y dicen: “Aquí yo juego dominó con los otros ancianos en la esquina”, “repaso a mis nietos para las pruebas”, “tengo un contacto social amplio y, además, la salud no me cuesta”. Para la familia de dentro y de fuera, resulta un “buen arreglo” enviar de vuelta al anciano en este momento de su vida. Todas las partes salen beneficiadas.

Cuba se encuentra estudiando la posible adopción de un marco legal para esta repatriación definitiva, pues resulta evidente que nos hallamos en presencia de un fenómeno que tenderá a aumentar, según las nuevas realidades, las nuevas visiones que se asumen en el país. Se plantea que han regresado a la Isla un sesenta y tres por ciento de las personas que salieron después de la flexibilización de la ley migratoria. La implementación de la misma ha incentivado el retorno, ha añadido una idea, una alternativa de transitoriedad al proceso de emigración. Es uno de los temas que deben seguir siendo investigados y evaluados detenidamente.

El fenómeno de la emigración, por lo tanto, tiene múltiples aristas, las cuales merecen una especial atención debido a su impacto en la sociedad cubana contemporánea.

Pero, asimismo, una nueva realidad impondrá la necesidad de análisis y evaluación en futuras investigaciones: la paulatina normalización de las relaciones diplomáticas entre Cuba y los Estados Unidos, que de seguro significará nuevos retos y desafíos para la sociedad cubana. ♦

# Migración en el contexto canadiense. Reflexiones teológicas

**John A. Vissers**



Quisiera comenzar dando las gracias por esta oportunidad de hablar como parte de este encuentro teológico. Debo decir que este es un tema importante —la problemática de la migración—, pero no es un tema en el que haya hecho mucho trabajo teológico. De modo que lo que traigo son notas preliminares sobre mis primeras ideas: lo que llamo “reflexiones teológicas” sobre la migración en el contexto canadiense. En mis comentarios, voy a hablar sobre el tema de la migración desde una perspectiva canadiense, en vez de abordar o tratar de responder a esta problemática en el contexto cubano. Espero que estas reflexiones que haremos aquí desde ambos contextos, el cubano y el canadiense, sirvan de base para un encuentro teológico enriquecedor y profundo, y que, además, nos proporcionen algunas líneas de acción pastoral.

Empezaré con algunas experiencias y reflexiones personales. Cuando era adolescente, hace muchos años, a principios de los setenta, trabajé durante tres veranos en



granjas productoras de vegetales y frutas en Ontario. Durante esos veranos, laboré junto a trabajadores migratorios, que procedían del Caribe, fundamentalmente de Jamaica, pero muchos de Europa, en su mayoría, provenientes de Italia. Estos trabajadores tenían permiso de trabajo temporal, por lo general, desde mayo hasta octubre. Desde una perspectiva económica, era una oportunidad para que hicieran más dinero del que harían en sus países, lo que les permitiría un nivel de vida mejor para ellos y sus familias en el país de origen. Sin embargo, incluso como adolescente, había aspectos que me preocupaban. Por una parte, aunque trabajaba junto a los inmigrantes, el tratamiento que recibía era diferente. Era varón, blanco y nacido en Canadá, además de sobrino del dueño. Había racismo en la forma en que trataban a los emigrantes. Había falta de justicia en cuanto a la vivienda, los salarios y las horas de trabajo. También existía mucha tristeza y añoranza entre aquellos que estaban separados de sus familiares y amigos.

Hasta la fecha, Canadá es una nación que utiliza trabajadores migratorios para hacer labores que muchos canadienses no realizarían. En 2012, más de doscientos mil fueron admitidos bajo el Programa Temporal de Trabajadores Extranjeros —o sea, como trabajadores migratorios—, para desempeñar todo tipo de labores —desde trabajar en granjas hasta cuidar niños a domicilio y trabajar en las fábricas—. Existe, en Canadá, un grupo bajo el nombre de Alianza de Trabajadores Migratorios por el Cambio (The Migrant Workers Alliance for Change). De acuerdo con su sitio web, es una “coalición de grupos nacionales de trabajadores migratorios, organizaciones de base, sindicatos, grupos de fe, activistas e investigadores que se han reunido para luchar por la justicia y la dignidad de los trabajadores migratorios”.<sup>1</sup>

Esta alianza plantea que

los gobiernos federales y provinciales de Canadá han fracasado en abordar adecuadamente las brechas en la política de inmigración y laboral, la cual de forma sistemática discrimina y explota a los trabajadores migratorios de Canadá. A pesar de que el número de trabajadores migratorios actualmente excede los 200 000, los cuidadores a domicilio, bajo el Programa de Cuidadores a Domicilio [LPC, por sus siglas en inglés], los trabajadores agrícolas bajo el Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales, y otros trabajadores bajo el Programa de Trabajadores Extranjeros Temporales [TFWP, por sus siglas en inglés] enfrentan tremendas barreras físicas que los ubica como ciudadanos de segunda clase ante el Estado canadiense en términos de derechos y beneficios.<sup>2</sup>

Una segunda experiencia: hace alrededor de doce años, cuando vivía en Montreal y servía allí como director del Colegio Presbiteriano, fui nombrado por el Presbiterio de Montreal como consejero de un grupo de cristianos de Ghana —la mayoría eran presbiterianos y querían fundar una iglesia ghanesa en Montreal—. Trabajé con ellos por dos años; prediqué muchos domingos en su congregación y los ayudé a establecerse como iglesia hasta el punto de que pudieron llegar a llamar a un pastor desde Ghana para que los guiara. Para mí fue una experiencia enriquecedora, y debo decir que de todas las congregaciones que dirigí en la Iglesia Presbiteriana de Canadá esta fue la que creció más rápido. De un pequeño grupo de treinta o cuarenta personas, llegó a ser de alrededor de doscientos y, algunos domingos, de trescientos. El aumento fue de diez veces y esto era muy emocionante. El culto resultaba muy vivo, las personas escuchaban con atención la prédica del evangelio y las enseñanzas de la Biblia. Pero, también, constituía un desafío: con frecuencia, era difícil lidiar con algunas cuestiones que no entendía sobre la cultura y la iglesia ghanesa.

Esta congregación estaba compuesta por inmigrantes. Algunos se habían hecho residentes permanentes y otros aspiraban a hacerse ciudadanos canadienses. Todos tenían estrechos lazos con sus familiares y amigos en Ghana, y viajaban mucho en ambas direcciones. Caían en las tres categorías que tiene Canadá para los inmigrantes: 1) inmigrantes económicos que habían sido admitidos por su calificación y se estimaba que podrían contribuir a la economía canadiense; 2) lo que en Canadá se llama “la clase familiar”, relativa al sistema de reunificación familiar: inmigrantes que pueden ayudar a miembros de su familia; y 3) refugiados, aunque no eran muchos los que podían ubicarse como tales.

En 2010, Canadá admitió 280 681 inmigrantes. El 67 % era de carácter económico, el 22 %, de la clase familiar, el 9 %, de refugiados aceptados sobre bases humanitarias, y el 2 % se clasificaba como de “otro tipo”. A partir de mi experiencia con la congregación ghanesa en Montreal, conocí que muchos de ellos afrontaban problemas de racismo y de falta de justicia, similares a los de los trabajadores migratorios temporales. Y moverse en el sistema de inmigración de Canadá, y en particular de Quebec, no es cosa fácil.

Pero ahora deseo ofrecer otra reflexión: la Iglesia Presbiteriana Ghanesa de Montreal representa una importante realidad para las iglesias cristianas de Canadá y, especialmente, para la Iglesia Presbiteriana canadiense. El protestantismo histórico en el Canadá de habla inglesa se encuentra en profunda y dramática decadencia. En otros tiempos, fue la cultura religiosa dominante;

pero, ahora, está disminuyendo para ser lo que Charles Taylor llama “La era secular”.<sup>3</sup> No parece posible que esta tendencia se detenga y, mucho menos, que se invierta en un futuro cercano.

Sin embargo, la iglesia está creciendo de algún modo. Esto ocurre, en primer término, a partir de lo ha dado en llamarse “las iglesias étnicas”; las iglesias donde se hablan otros idiomas que no son el inglés: el twe, el mandarín, el árabe y el coreano. Esto quiere decir, en las iglesias inmigrantes o iglesias de trabajadores migratorios. ¿Qué significa esto para el futuro de las iglesias de Canadá? Pues significa que no podemos pensar acerca del futuro de la iglesia sin considerar esta realidad intercultural o migratoria. Muchos migrantes son personas de fe y están cambiando el rostro de la iglesia en Canadá, así como el rostro de nuestras universidades teológicas —incluyendo a Knox, que está llena de estudiantes asiáticos, mayormente coreanos, muchos de los cuales han venido con nosotros en este viaje.

Una tercera experiencia: Crecí en Toronto y, en los noventa, fui pastor en una iglesia de allí mismo por unos cuantos años —una iglesia en el centro urbano al lado de la Universidad de Toronto: la Iglesia Presbiteriana de Knox—. Es una iglesia teológicamente conservadora, pero con diversidad étnica. Poco tiempo después de mi ingreso a la iglesia, comenzó a llegar una oleada de personas en búsqueda de la fe, compuesta por creyentes de China continental, muchos de los cuales eran estudiantes graduados o académicos visitantes de la Universidad de Toronto. Venían porque querían conocer sobre la fe cristiana y, también, trataban de aprender inglés. En mis predicaciones percibí, rápidamente, que no comprendían mis ejemplos o mis intentos de hacer chistes, porque tanto mis ejemplificaciones como el humor que utilizaba estaban culturalmente condicionados. El único lenguaje común que compartíamos era el lenguaje de la Biblia: el lenguaje del evangelio.

Esta vivencia me enseñó lo que el teólogo africano Lamen Sanneh, profesor de la Universidad de Yale, llama la traducibilidad del evangelio: la asombrosa capacidad del evangelio de moverse a través de idiomas y culturas.<sup>4</sup> Los académicos y profesores padecían problemas de estrechez económica, racismo e injusticia. Esto nos recuerda a los canadienses un período muy feo de nuestra propia historia: el de 1885, con la imposición del Impuesto por Cabeza a los chinos (*the Chinese Head Tax*), en respuesta a las preocupaciones por el número de inmigrantes chinos que venían al país para trabajar en la construcción del Ferrocarril del Pacífico. En realidad, los chinos fueron excluidos de Canadá

completamente desde 1923 hasta 1942. En junio de 2006, el gobierno canadiense les pidió disculpas por esta política. Hoy día, en los centros urbanos, principalmente en Vancouver y Toronto, pululan los inmigrantes de Asia, sobre todo de China.

Procedamos a resumir el actual estado demográfico, de acuerdo con las estadísticas nacionales. En 2005, aproximadamente, el 79 % de los canadienses habían nacido en este país y el 21 % eran inmigrantes. En 2012, los diez mayores países de origen con respecto a la inmigración —o sea, residentes permanentes— eran los siguientes: China, Filipinas, India, Paquistán, los Estados Unidos, Francia, Irán, Reino Unido, Haití y Corea del Sur. El estimado del número de inmigrantes ilegales, en 2012, fluctuaba entre treinta y cinco mil y ciento veinte mil. Existen 33 grupos étnicos, con una población de 100 000 o más. El 16,2 % de la población canadiense está compuesta por las minorías visibles.

En la historia de Canadá, desde 1600, la inmigración, usualmente, se describe de la manera siguiente: la primera oleada se produjo entre los años 1600 y 1700, y estuvo compuesta, de manera fundamental, por franceses, británicos y, a fines del siglo XVIII, por los leales americanos. La segunda oleada ocurrió en los 1800 y provenía, básicamente, de Inglaterra, Escocia e Irlanda. A fines de los 1800, esta incluía inmigración de Europa continental: Ucrania, Rusia, los Países Bajos y otros sitios. La postguerra de la Segunda Guerra Mundial aceleró esta emigración desde Europa —yo mismo provengo de esa época y soy parte de la primera generación nacida en Canadá: mis padres emigraron de los Países Bajos a principios de los cincuenta del pasado siglo—. Finalmente, la tercera oleada comenzó en los 1970 y se describe por Estadísticas de Canadá como una emigración procedente de los países en desarrollo, en particular de Asia; ciertamente, del mundo mayoritario.

Déjenme detenerme aquí para apuntar tres problemas importantes, basados en esta historia, que son esenciales para la identidad canadiense:

En primer lugar, Canadá es una nación de inmigrantes que se establecieron en las tierras de los llamados “aborígenes”, las primeras naciones de Canadá. Hoy, Canadá existe debido a la expansión de los imperios británico y francés, y de las batallas entre estos para dominar y poseer el territorio canadiense. Por lo tanto, hemos sido una sociedad colonial y solo ahora estamos comenzando a comprender qué puede significar pasar a ser una nación postcolonial.

Desde una perspectiva teológica, por supuesto, esto plantea importantes preguntas sobre la forma en que las iglesias, tanto las protestantes del Canadá

de habla inglesa, como la católica romana de Quebec, desempeñaron un papel cardinal en la experiencia colonial y el dominio de los pueblos aborígenes. En estos momentos, Canadá está concluyendo su Comisión de Verdad y Reconciliación que trabaja con el legado de las Escuelas Residenciales Indias —TRC, por sus siglas en inglés—, las cuales fueron un intento de asimilación de los niños de las Primeras Naciones por la cultura dominante de los británicos y franceses: protestantes y católico-romanos. Durante mi año como Moderador de la Asamblea General, entre 2012 y 2013, participé en dos eventos nacionales de la TRC, y les ofrecí mis gestos de reconciliación a nombre de nuestra iglesia.

El segundo problema generado por esta historia de inmigrantes es nuestra proximidad y relaciones con los Estados Unidos de América. En su mayoría, la única emigración —salida— que experimentan los canadienses es hacia allí. En sentido general, más canadienses han emigrado a los Estados Unidos que estadounidenses a Canadá. No obstante, han existido períodos en que no ha sido así. Por ejemplo, durante las guerras revolucionarias de 1770, muchos leales a los británicos emigraron desde el norte de los Estados Unidos para establecerse en Canadá, especialmente en lo que ahora es Ontario, los poblados del este de Quebec y las provincias atlánticas. En los 1970, hubo una oleada de hombres jóvenes que buscaban evadir el servicio en la Guerra de Vietnam. Y de vez en cuando, en los períodos de dificultades económicas, algunos otros estadounidenses emigran a Canadá; pero, en sentido general, la tendencia migratoria ha sido del norte al sur.

Hay dos imágenes que encuentro interesantes y de mucha ayuda cuando se piensa en la relación entre Canadá y los Estados Unidos. La primera fue formulada por nuestro primer ministro Pierre Trudeau:

Los americanos nunca deben subestimar la constante presión sobre Canadá que ha provocado la simple presencia de los Estados Unidos. Somos personas diferentes de ustedes y debido a ustedes. Vivir a su lado es en cierta forma como dormir con un elefante. No importa cuan amistoso y de buen carácter pueda ser la bestia, si la puedo llamar así, me va a afectar cada tirón y gruñido que haga. Por esta razón, no puede por tanto, esperarse que este tipo de nación, este Canadá, pueda proyectarse como copia y reflejo de los Estados Unidos.

La otra imagen es la que nos ofrece el teólogo de la liberación latinoamericano Orlando Costas, que no la concibió para referirse a Canadá *per se*, pero pienso

que se ajusta, como, también, puede hacerlo con respecto a Cuba. Es la expresión: “fuera de la puerta”.<sup>5</sup> Simplemente, vivimos fuera de la puerta del imperio. Costas utiliza la imagen para reflejar la idea de Hebreos 13,12, con Cristo fuera de la puerta: Jesús sufrió fuera de la puerta de la ciudad. La redención tiene lugar en los márgenes, en las afueras, más allá de las puertas del imperio, no en el centro. Esta es una imagen sobre la cual las iglesias de Canadá —y, quizás, las de Cuba— deben reflexionar. Nosotros somos una nación de inmigrantes —resultado, principalmente, de la expansión del imperio británico que ahora vive fuera de las puertas de otro imperio: el imperio americano.

En tercer lugar, hoy somos, cada vez más, una nación de inmigrantes. Es un lugar, donde la diversidad intercultural se hace evidente en todas partes, sobre todo, en los centros urbanos. En esta presentación, en lugar de ofrecerles una serie de reflexiones deductivas y analíticas, he intentado hacer un breve esbozo de la identidad y la experiencia canadienses con respecto a la migración. Permítanme concluir, sin embargo, resumiendo los temas teológicos que esta exploración me suscita y que, considero, vale la pena explorar con más profundidad. Quizás, con ello proporcionemos algunas bases sobre las cuales podría desarrollarse una teología de la migración.

Primero, la migración en el contexto canadiense plantea algunas interrogantes sobre la eclesiología, es decir, ¿qué es la iglesia y qué significa ser iglesia? ¿Dónde se debe encontrar la iglesia? ¿Cuál es el llamado de Dios para que la iglesia sea, se convierta y haga su labor en nuestro contexto? Varias imágenes surgen inmediatamente: la iglesia como el pueblo peregrino, o la iglesia como el pueblo de la frontera, o la iglesia del exilio. En Canadá, el rostro de la iglesia está cambiando producto de la migración. ¿Qué significado tienen la migración global para la iglesia global?

Segundo, la migración en nuestro contexto plantea interrogantes sobre la naturaleza y el significado de la misión: la misión como testimonio del poder salvador de Jesucristo, tanto en la palabra como en los hechos; a través de ambos, se realizan la proclamación del evangelio y el trabajo por la justicia y el reino de Dios en el mundo. ¿Qué significa ser testimonio del evangelio de Jesucristo en todas sus dimensiones para los trabajadores migratorios, para los que dejaron detrás y para quienes los reciben? El tema de la hospitalidad cobra importancia para las iglesias canadienses: darle la bienvenida al extraño, no como extraño, sino como hermana y hermano

en Cristo, como encontrar a Cristo en ellos. La migración, asimismo, nos recuerda el significado de la catolicidad de la iglesia, su universalidad.

Tercero, la experiencia de la inmigración en nuestro país y la identidad canadiense en sí misma, plantean interrogantes en torno al imperio y la manera en que las iglesias se han implicado —al igual que los inmigrantes— con el poder imperial, en tanto parte de la clase victoriosa. Siempre hemos estado fuera de las puertas de imperio: primero del francés; luego, del británico y, ahora, del estadounidense. Canadá nunca ha sido imperio, pero ha aprendido, de vez en cuando, a ejercer el poder imperial. Hemos experimentado el colonialismo. Hemos tenido mentes colonizadas y hemos experimentado lo que un escritor llama “la espesa niebla ideológica”,<sup>6</sup> que cae sobre los súbditos imperiales. Nuestra experiencia nos recuerda la necesidad de un pensamiento crítico, cristocéntrico y escatológico sobre la identidad cristiana de hoy.

Cuarto, la experiencia nos sugiere que deberíamos comenzar a desarrollar una teología canadiense a través de la óptica de la migración. En este aspecto, es muy instructivo el estudio de Daniel Groody y otros, basado en el tema de la frontera de los Estados Unidos-México y la migración. Groody y sus colegas están trabajando sobre la base de una teología de la migración; problemas de misión, ministerio y migración; la política de los derechos soberanos, los derechos culturales y los derechos humanos; y teologías constructivas de la migración, que incluye la doctrina de re-pensar. Groody plantea que tenemos mucho que aprender de la experiencia migratoria: sobre lo que significa creer, depender de Dios, tener esperanza, luchar contra la injusticia, experimentar la vida en este país sin tener una casa permanente donde vivir. Los inmigrantes saben lo que significa sostenerse en el camino con pan y vino, con la Palabra y la Eucaristía.<sup>7</sup>

El estudio de Groody y otros enfatiza la importancia de pensar sobre la vida y la misión de la iglesia en términos de la migración. Pero me pregunto si no hay más trabajo teológico que hacer en torno a esto. ¿No es posible pensar en el Dios de la Biblia como el “Dios Migratorio”? ¿No es posible pensar en el Dios Trino de la gracia como el Dios que elige emigrar? En la creación, Dios crea otro con quien viajar. En el Pacto, Dios escoge a un pueblo con quien y entre quien Él va a experimentar la emigración —el llamado y la emigración de Abraham y Sarah, el llamado y la emigración de Moisés y el pueblo de Israel—.

En Jesucristo, Dios emigra: la Palabra se volvió carne y habitó —el tabernáculo y el camino— entre nosotros; en Jesucristo, Dios emigra hacia lo que Karl Barth, utilizando la Parábola del Hijo pródigo, llama “la tierra distante” o “el país lejano”. Mediante el Espíritu Santo, Dios continúa viajando con la iglesia hacia el mundo y acoge al mundo en la iglesia, y, nuevamente, viaja hacia Dios. El mismo Espíritu nos une al trabajador migratorio nombrado Jesús, en el cual y a través del cual nosotros participamos de la vida divina del Dios Migratorio.

En otras palabras, la experiencia de la migración no es solo una experiencia humana; es la experiencia de Dios, de Dios entre nosotros. Dios sabe lo que significa partir y sabe lo que significa quedarse. Dios se va con los que parten y permanece junto con los que se quedan. Para los que se van, Dios está presente en lugar de los que se quedan detrás. Para los que se quedan detrás, Dios está presente en lugar de los que se van.

El Dios Migratorio existe en los lugares de sufrimiento y ausencia, cuando el Padre conoce la partida del hijo, y el Padre y el Hijo conocen la partida del Espíritu. El Dios Migratorio vive en la esperanza de que aquellos que se van y aquellos que se quedan volverán a encontrarse de nuevo en un abrazo; el mismo abrazo con que el Padre acoge al Hijo, el mismo abrazo con que el Hijo le da la bienvenida al Padre; el mismo abrazo hecho posible por el Espíritu, que es el vínculo de fraternidad entre quien se fue y quien quedó atrás.

Una línea de acción pastoral, que fluye de esta comprensión de Dios como el emigrante divino, es lo que la tradición reformada llama “los instrumentos de la gracia”: la Palabra, los sacramentos y la oración. A través de los instrumentos de la gracia, la iglesia experimenta la presencia de su Señor ausente y resucitado. Al escuchar la Palabra, compartir el pan y el vino, cantar himnos de alabanza, y las oraciones de acción de gracias e intercesión, los emigrantes experimentan su unión con un Dios migratorio y, mediante él, la unión entre ellos, incluso a través de la distancia que imponen el espacio y el tiempo.

Finalmente, como teólogo reformado y presbiteriano, me permito enfatizar que deberíamos visitar nuestra propia tradición a partir de este lente migratorio. Tomemos a Juan Calvino como ejemplo, a quien es descrito, generalmente, como el tirano que gobernó la ciudad suiza de Ginebra. En realidad, Calvino era francés y no fue ciudadano ginebrino hasta 1559, cinco años antes de su muerte, y veintitrés años después de haber llegado por primera vez. A pesar de su propio poder e influencia como teólogo y líder de la iglesia, siempre fue consciente de su limitación, en tanto refugiado, de su vulnerabilidad como



exiliado en Ginebra. Vivía con el temor de que la ciudad fuera tomada por las tropas del emperador germánico, Maximiliano II, y de ser arrestado y deportado nuevamente a Francia. En 1557, cuando la ciudad necesitaba organizar una milicia contra la amenaza de invasión por el ejército imperial, se estima que la mayoría de los hombres aptos eran refugiados y no ciudadanos;<sup>8</sup> Calvino estaba entre ellos.

Llegar a comprender el estado de la psiquis de Calvino, permite una lectura distinta de parte de su teología, incluyendo la doctrina de la predestinación. Asumió la certeza de que pertenecía a Dios, viviera o muriera, estuviera en Francia o en Ginebra. Juan Calvino sabía quién era y a quién pertenecía. Una teología de la migración, vivamos en Cuba o en Canadá, partamos de Cuba o de Canadá, y todo lo implique, debe, realmente, querer significar esto. ♦

## Notas

- 1 Véase [www.migrantworkersalliance.org](http://www.migrantworkersalliance.org).
- 2 *Idem*.
- 3 Véase Charles Taylor: *A Secular Age*, Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass, 2007.
- 4 Véase Lamin O. Sanneh: *Disciples of All Nations: Pillars of World Christianity*, Oxford University Press, Oxford, N. Y., 2008.
- 5 Véase Orlando E. Costas: *Christ Outside the Gate: Mission Beyond Christendom*, Orbis Book, Maryknoll, N.Y., 1982.
- 6 Don H. Compier: "Jean Calvin", en Don H. Compier, Pui-lan Kwok y Joerg Rieger (eds.): *Empire and the Christian Tradition: New Readings*, Fortress Press, Minneapolis, 2007, p. 225.
- 7 Véase Daniel G. Groody y Giocchino Campese (eds.): *A Promised Land, a Perilous Journey: Theological Perspectives on Migration*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Ind., 2008.
- 8 D. G. Hart: *Calvinism: A History*, Yale University Press, New Haven, London, 2013, p. xi.

## Religiosidad y migraciones en Cuba

Ana Celia Perera Pintado



La problemática migratoria ha tenido gran impacto en Cuba durante los últimos 56 años. Aunque las principales oleadas se producen en el primer período de la Revolución, cuando se propicia la salida por el puerto del Mariel, a inicios de los ochenta, y durante la llamada crisis de los balseros, a inicios de los noventa, llaman la atención las cifras actuales y la feminización de este proceso. Hoy los destinos de los cubanos en el exterior se encuentran repartidos entre 148 países. El 98 % se concentra en 20 naciones. Ellas son: los Estados Unidos, España, Venezuela, México, República Dominicana, Costa Rica, Alemania, Italia, Canadá, Colombia, Nicaragua, Francia, Chile, Argentina, Suecia, Suiza, Rusia, Ecuador, Panamá y Brasil —un destino más reciente.

Según datos del Centro de Estudios de Migraciones Internacionales correspondientes a 2014, existen 105 800 cubanos en Europa, más de veintitrés mil setecientos en América del Sur, una cantidad superior a los veinte y un mil en

Centroamérica, cinco mil setecientos en el Caribe. En África y Asia alrededor de dos mil ochocientos. Pero, sin duda, es en los Estados Unidos donde se encuentra el más relevante número de emigrados de la Isla y, principalmente, en la ciudad de Miami, en la Florida. Si bien no constituyen el grupo migratorio mayoritario en ese país, sí es el de mayor concentración, lo que le proporciona fortaleza sociopolítica y cultural.

A pesar de su significación, la problemática migratoria ha sido poco tratada en los estudios sobre la religión y religiosidad en Cuba. Algunas aproximaciones al papel de la religión en la conservación de la identidad, lo transnacional religioso y ciertos enfoques históricos han dado pautas para la apertura de esta temática, la cual se impone como reto en la medida en que la población cubana muestra mayores índices migratorios hacia lo interno y externo. Se hacen necesarias reflexiones de mayor alcance que examinen la interrelación entre religiosidad y migraciones con enfoques integradores, encargados de profundizar en sus impactos, tanto para receptores como para emisores.

Un análisis preliminar nos ubica en los vínculos de la religión con las diversas oleadas migratorias cubanas hacia los Estados Unidos, posteriores al triunfo de la Revolución en 1959. Por solo mencionar un ejemplo, basta enfocarse en el papel de la Iglesia católica y su influencia entre los cubanos que arribaron a la ciudad de Miami en las primeras oleadas. Resulta innegable el rol desempeñado por dicha institución en la concentración de los cubanos y conservación de sus identidades. Constituye un dato interesante tener en cuenta que la diócesis de Miami surge en 1958 y, diez años más tarde, se eleva a arquidiócesis, entre otras razones, por el incremento de feligreses mayoritariamente inmigrantes.

La mayor parte de los templos en esa ciudad de la Florida nacieron después del arribo de los cubanos, quienes intentaron crear sus propios espacios y comenzaron a considerarlos representaciones de la “iglesia cubana en la inmigración”. La primera en constituirse fue la Iglesia de Santa Bárbara, en alusión a la de igual nombre en Cuba, que se centraba en una de las devociones de mayor aceptación popular en la Isla. Consecutivamente, fueron construyéndose otras iglesias que, también, recordaban santos de amplia aceptación, como la Caridad del Cobre y san Lázaro.

Vinculados, de este modo, a los eventos migratorios de los cubanos, los símbolos religiosos fueron la representación y continuidad de sus raíces. En particular, desde 1961, la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, se convirtió en emblema de los inmigrantes cubanos en Miami a

raíz de la extracción de una imagen de un templo en Guanabo, al este de la capital habanera, y su llamada “peregrinación”, para poder llegar antes de la celebración de su día, el 8 de septiembre de dicho año. El trayecto recorrido por la imagen hasta llegar al lugar donde se realizaba la festividad —escondida en embajadas y atravesando el mar— es considerado una alegoría de las vicisitudes de los emigrados al dejar Cuba. Su final reencuentro con aquellos cubanos que esperaban ansiosos por un milagro, la convirtió en símbolo de identidad cubana y en símbolo político.

De ese modo, la Iglesia católica reforzó un protagonismo en la vida social, que no estaba alejado de la añoranza de los cubanos por su tierra. Fue ella quien lideró la aparición en Miami de los 126 municipios que existían en Cuba antes de la Revolución, los cuales aún continúan con vida. Asimismo, la Iglesia católica propició un conjunto de organizaciones dirigidas a concentrar a los cubanos y perpetuar el pasado que tenían. Perdura, en la actualidad, la Asociación Católica Universitaria, recordando la existente en los años cincuenta, a la que solo pertenecen los nacidos en la Isla.

La década del ochenta no solo implicó una nueva oleada migratoria, con la salida de más de ciento veinte mil cubanos por el puerto del Mariel, sino la diversificación de los emigrantes y la consecuente visibilidad de otros símbolos religiosos y formas diferentes de pensar y mirar a Cuba. Se evidenció, desde ese entonces, una mayor presencia de expresiones religiosas de origen africano y un mayor número de ateos y agnósticos, lo que entró en conflicto con el cristianismo predominante en esa ciudad. Las polémicas sociales se interrelacionaron con las religiosas y Miami devino centro de debate, por ejemplo, sobre la permisividad o no de los sacrificios de animales requeridos en las ceremonias correspondientes a cultos origen africano. La lucha por los espacios religiosos fue, también, lucha por la conservación de la identidad cultural, por mantener, lo más genuinamente posible, las tradiciones originarias.

A la altura del 2000, la santería o Regla Ocha había alcanzado tal aceptación que la realización de ceremonias o la continuidad de sus prácticas resultaba ser uno de los pocos motivos autorizados por el gobierno estadounidense para visitar Cuba, frente a las medidas restrictivas de aquellos años en torno al asunto.

Miami constituye, hoy en día, un abanico de la diversidad religiosa y cultural cubana; la variedad de los símbolos religiosos allí vigentes constituyen expresión de cubanía. Las personas emigran con los atributos de sus creencias como pedazos de su tierra natal. Resulta elocuente uno de los cortos cinematográficos de la

secuencia “Amar, comer y partir” —coauspiciado por el Centro Memorial Dr. Martin Luther King, Jr.—, el cual recrea el momento que antecede a la partida de una joven hacia los Estados Unidos. Ella prioriza, en su equipaje, la imagen de la Caridad y, junto a ella, una calabaza, para ponerla en el trono de su virgen, supuestamente, porque a su virgen no le agradaría la calabaza de otro país.

Tanto la oleada migratoria de los noventa como los cubanos que continuaron arribando a los Estados Unidos y a Miami, en particular, acrecentaron la heterogeneidad social y religiosa, resultante de la propia heterogeneidad existente en Cuba. Coincidiendo con esto, en Miami, se potenciaron espacios de intercambio cultural-religioso con la Isla. Se hicieron de uso frecuente, en el intercambio entre las iglesias, expresiones como “reconciliación”, “hermanamiento”, “intercambio de pulpitos”, y se abrieron espacios transnacionales, donde proliferaban ceremonias, cursos formativos, prácticas, etc., que imbricaban a varios países.

Lo transnacional religioso se abrió paso, propiciando cambios significativos tanto en este ámbito propiamente dicho como en el social. Un caso distintivo es el de los practicantes de la santería o Regla Ocha, emigrados a países como Alemania, donde están prohibidos los sacrificios de animales propios de algunas de sus ceremonias, lo cual obliga a realizarlas entre Cuba y el país donde residen. Del mismo modo, padrinos de santo, líderes religiosos, hermanos de religión se esparcen por el mundo, con lo que dan lugar a familias religiosas de connotación transnacional. Estas acciones incluyen el envío de remesas, el intercambio de prácticas, visitas recíprocas para garantizar la continuidad de las experiencias, la concepción de símbolos religiosos transnacionalizados a partir del intercambio de atributos y objetos de un lugar a otro. Participan así de las mismas dinámicas transnacionales que las familias consanguíneas.

Las redes religiosas adquirieron mayor importancia tanto como vía para concretar la emigración, asegurar la inserción en el país de destino, como para garantizar vínculos posteriores con la Isla. Existen muchos ejemplos de feligreses y líderes religiosos que han seguido esa trayectoria, lo cual trasciende lo personal y tiene repercusiones al interior de las organizaciones que dejan atrás. El éxodo impone disyuntivas de diversa índole al campo religioso cubano. La pérdida de líderes de denominaciones, formados por prestigiosas instituciones, va siendo un factor que las debilita. En este sentido, podría hablarse, también, de pérdida de capital humano, y sería un aspecto a dedicar atención al interior de la sociedad.

El incremento de los espacios religiosos transnacionales ha potenciado procesos de hibridación y, con ello, ha cobrado fuerza la polémica sobre la autenticidad de las prácticas religiosas en uno u otro sitio. Se suscitan conflictos entre grupos religiosos, a la vez que uniones que habrían sido impensables años atrás por tratarse de agrupaciones con propuestas totalmente diferentes. El intercambio con la emigración también ha propiciado la introducción de nuevos movimientos religiosos, como el Movimiento Internacional Creciendo en Gracia, el cual se dio a conocer mediante un video que proporcionó una emigrada durante una visita a sus familiares en la Isla. Congregaciones novedosas en Cuba son sustentadas, desde el exterior, por sus contrapartes, integradas por emigrados. La complejidad de estas conexiones trasciende el escenario religioso. Está vinculada a valores, formas de pensar, representaciones sociales y proyecciones sociopolíticas en algunas ocasiones.

Por otra parte, la feminización de la migración cubana resulta ser otro factor a considerar, que impacta el campo religioso cubano. Son las mujeres las de mayor índice migratorio externo y, precisamente ellas, también, las mayores transmisoras de creencias y prácticas religiosas. Además, representan la membrecía mayoritaria de casi todas las iglesias y ello debe llevar a reflexionar sobre el futuro de alguna de esas instituciones, la composición religiosa y su movilidad.

Si bien los procesos migratorios hacia el exterior y sus interrelaciones con Cuba constituyen problemáticas que imponen grandes retos a los estudios sobre la religión y al análisis al interior de las organizaciones religiosas, no son menos importantes aquellos procesos socioreligiosos que acompañan las migraciones que ocurren en el interior del país, principalmente desde zonas menos desarrolladas hacia otras con mayores oportunidades. Llama la atención que, en el año 2012, 68 mil 407 personas se movieron de una provincia a otra, una cifra bastante alarmante a mi entender.

Los mayores emisores de este tipo de migración son los territorios orientales, con una situación económica menos favorable, con un producto interno bruto más bajo y con menos oportunidades de desarrollo. Son, en cambio, los territorios de La Habana, Matanzas, Artemisa y Mayabeque el destino por excelencia en estos movimientos internos. En particular, si bien La Habana es la principal receptora, resulta, igualmente, el territorio de mayores índices de migración hacia el exterior, teniendo un saldo migratorio de -9,7 por encima del nacional, que es de -4,2.

Estudios posteriores pudieran profundizar en las consecuencias que tienen estos desplazamientos en los cambios que se están produciendo dentro del campo religioso cubano. La diversificación de ofertas religiosas, las nuevas hibridaciones y el surgimiento de agrupaciones características del campo religioso cubano, en la actualidad, no están desvinculadas de las redes nacionales e internacionales, que resultan de las migraciones hacia uno u otro lugar. En el caso de las provincias orientales, llama la atención que su menor impacto en la migración hacia el exterior y sus altos índices respecto a la interna coinciden con el hecho de que sus nuevas agrupaciones se sustentan en redes nacionales, encargadas de garantizarles espacios de formación, asesoramiento y apoyo económico. Todo lo contrario ocurre en La Habana y otras provincias occidentales, donde las congregaciones emergentes se basan en las conexiones internacionales. Todas estas agrupaciones que han ido surgiendo, responsables de generar cambios importantes en las estrategias, postulados y proyecciones de algunas iglesias, implican desplazamientos de personas antes o después de su aparición, y muchas subsisten, precisamente, por el intercambio con el lugar de origen.

Llama la atención que los desplazamientos del oriente hacia el occidente dentro de la Isla han generado y propiciado la concentración de emigrados en barrios periféricos, los cuales han devenido, con el tiempo, especie de “barrios evangélicos”. Su localización en territorios con pocas condiciones de urbanización —en cuanto a condiciones de viviendas, transporte, empleo, servicios—, genera redes fuertes, que permiten organizar y trazar normas de convivencia desde el grupo religioso que nuclea la comunidad. Las alternativas de vida, organización comunitaria y las esperanzas pasan por esos grupos religiosos.

Por supuesto, las migraciones internas y los procesos religiosos que se les conectan se encuentran vinculados a las vulnerabilidades y su reproducción. Rupturas, reacomodos, reconstrucciones, nuevos sentidos de lo religioso y, en general, de la vida y sociedad, emergen con los cambios y deben analizarse desde visiones integrales. Es muy importante, en medio estas problemáticas, repensar la cultura, las identidades, la sociedad cubana. Las iglesias y agrupaciones religiosas tendrían que replantearse este fenómeno para enriquecer sus estrategias de fe, su pastoral, su forma de hacer iglesia y la continuidad de las organizaciones. ♦

## Migraciones y peregrinaciones religiosas

**Ofelia Pérez Cruz**



**E**s obvio que las migraciones tienen estrecha relación con una realidad objetiva, efectivamente diferenciada por un conjunto de circunstancias, pero debe hacerse énfasis en que se encuentran estimuladas, además, por un discurso de la modernidad que establece polos, respecto a los cuales el correspondiente al mundo desarrollado siempre se encuentra asociado a características no accesibles a quienes no pertenecen a él. Así, se incentivan, de alguna forma más o menos estratégica, lo que ya conocemos como migraciones del sur al norte, o las migraciones de centros de poco poder o de pocas relaciones hacia centros de mayores poderes y relaciones.

Es una seria disyuntiva sobre la cual se necesita reflexionar. Se trata de una situación de la cual no hay manera de salir si se siguen fortaleciendo las dinámicas que diferencian, polarizadamente, centros cada vez más desfavorecidos de núcleos cada vez más ricos o favorecidos, y los discursos que enfatizan que esa es la correlación que debe existir y hacia la cual



nos encontramos llamados a caminar. Mientras nuestra meta constituya ese “progreso” del norte —ese progreso de los centros de altos poderes, de altas decisiones, para los cuales, supuestamente, nosotros no estamos aptos—, este fenómeno se seguirá autoestimulando.

Recientemente, en una conferencia, el doctor Pedro Enrique Carrasco llevaba a la reflexión a partir de una tesis muy provocadora: “Siempre seremos pobres”.<sup>1</sup> Se argumentaba que lo seremos si no logramos cambiar los códigos desde los cuales hoy se analiza la modernidad, la premodernidad, la posmodernidad... Lo seremos en tanto nos consideremos inferiores y nuestras metas resulten ajenas a nosotros, a lo que somos. Resulta, pues, innegable la necesidad de cambiar algunos de los presupuestos con los cuales funcionamos.

Un fenómeno conocido como el de las iglesias establecidas por los inmigrantes ocurre en diversas partes del mundo comúnmente. El doctor John Vissers, como parte de su intervención en esta Jornada Teológica, explicaba, por ejemplo, cómo se manifestaba el proceso en Canadá. Nos encontramos en presencia de un comportamiento que tiene como base la situación del emigrado, persona en terreno ajeno, quien, en su búsqueda por paliar un conjunto de necesidades, carencias, añoranzas... procura nuevos espacios, nuevos códigos, nuevos símbolos de integración para lograr sobrevivir. Pero, es obvio, las iglesias de los inmigrantes solo satisfarán parte de esas demandas; no hay modo de enlazarlos con toda su historia, con todas sus necesidades.

Cada una de estas personas, aunque se integren a iglesias de inmigrantes, mantendrán un espacio privado para la práctica de sus religiones. Un ámbito que tiene que ver con sus familias, con sus casas, con sus pequeños altares, con la manera en que les fue transmitida la práctica, la vivencia, la historia religiosa, con la forma en la cual crecieron... No por estar en un suelo diferente pueden hacer dejación de todo esto. Me gustaría detenerme en el tema de las peregrinaciones, aunque no impliquen, necesariamente, la salida de un lugar y la llegada definitiva a otro, pero sí su repercusión respecto a la construcción de relaciones, de identidades y sus correlaciones con el fenómeno migratorio.

La temporalidad del fenómeno migratorio, por supuesto, es variable. Incluye mayores o menores estadias de permanencia; ocasionalmente, idas y retornos, pero, en todos los casos, dicho tránsito ya implica, de por sí, un proceso de intercambio. Se deja, se aporta y, a la vez, se recibe.

También ocurre así desde el punto de vista religioso. Un mexicano será guadalupano aunque permanezca en los Estados Unidos o en Canadá. Siempre que pueda volver a su país natal para celebrar a la Guadalupe, lo hará; y no como turismo, que es, mayoritariamente, la connotación que se le da a las peregrinaciones religiosas. No es turismo religioso —si bien puede incluirlo— realizar un sacrificio para cumplir con sus devociones, acercarse a sus santos de origen. No se va a disfrutar de un paseo, sino a peregrinar, a pasar trabajo, a sufrir, y a reencontrarse con su espacio y con sus símbolos sagrados.

Una situación semejante se produce con los alteños, de los altos de Jalisco.<sup>2</sup> Veneran la segunda figura religiosa de más importancia en México, la Virgen de San Juan de los Lagos. En Texas, se ha hecho una réplica del santuario de los Lagos, pero, no obstante, cuando llegan las festividades de la virgen, en la medida de lo posible, viajan a México.

En ese país, la devoción a la Virgen de San Juan de los Lagos provoca uno de los mayores índices de afluencia de público. Se peregrina en el contexto de la Caravana de la Fe, que finaliza el día de la Candelaria, 2 de febrero, justo en San Juan de los Lagos. Es un desfile donde participan personas de todo el país, principalmente del norte, e incluye, además, grandes oleadas migratorias que acuden, por ejemplo, desde Texas y California, con el único interés de concurrir ante su virgen.

Desde luego, no vamos a circunscribirnos a lo que ocurre en México. Venimos a Cuba. Nos ubicamos en la devoción por la Caridad del Cobre y en las peregrinaciones hacia su santuario. Hacia El Cobre, en Santiago de Cuba, van las personas con el objetivo de reunirse con la virgen objeto de devoción. Por cierto, debe decirse que en los Estados Unidos, en Miami, hay, también, una ermita dedicada a la Virgen de la Caridad del Cobre y que los hijos e hijas de Cachita —como se le alude cariñosamente—, en Cuba o fuera de ella, se interconectan entre sí y con su patrona, con su madre, de forma semejante.

Y qué decir de san Lázaro:<sup>3</sup> es, probablemente, la figura que despierta más devoción en el pueblo cubano; o, al menos, la que mayor cantidad de personas aglutina en el momento específico de su festividad. Su peregrinación anual, emprendida por muchos, requiere de gran fortaleza, no solo por los treinta kilómetros que implica el recorrido, sino, además, por las expresiones de autoflagelación que le acompañan. La devoción de san Lázaro es, en el mundo, una de las que recoge más fuertes manifestaciones de

entrega, de autoviolencia. Personas que realizan largas jornadas, de rodillas, arrastrándose, rodando sobre el cuerpo, cargando pesos, arrastrando piedras y cadenas, embarazadas, ancianos...

En su honor, también, se desdibujan los límites de los tiempos y los espacios. Como con el caso de la Caridad del Cobre —a quien se le reproduce un lugar sacro fuera de la Isla—, los devotos de san Lázaro residentes en los Estados Unidos pueden rendir tributo a su santo en Hialeah, aún sin que ese paliativo resulte lo suficiente fuerte como para sustituir, simbólicamente, el sitio de culto original.

Para el fiel de Cachita, como de “El Viejo”—que, como se sabe, es apelativo corriente para san Lázaro— u otros semejantes, retornar al lugar de origen de la celebración, resulta significativamente memorable. Representa el estrechamiento de los lazos de unión con la fe y el acercamiento a lo que ella ha representado en sus vidas. Es el momento que se aprovecha, incluso, para agradecer a los santos por el logro de la migración que se deseaba y para la cual se había solicitado su auxilio. Es el instante en que se produce una exacerbación de emociones contenidas y la libre expresión de conflictos, típicos de la condición del migrante y del ámbito de relaciones personales y sociales donde se ha afincado. Agradecimientos y lamentos, alegrías y pesares, encuentros y desencuentros entre lo que se deja y lo que se recibe... y la fe religiosa atravesando y tejiendo, activamente, esas redes.

Según he expresado antes, las peregrinaciones deben ser consideradas como espacio de construcción de relaciones e identidades, de conocimiento, de sentimientos, en el que, sobre todo, se van hilando nuevas dinámicas no solo respecto al objeto sacro, sino referido a lo que representa para esos grupos específicos de personas y los universos simbólicos inherentes a sus nuevas vidas.

El tema simbólico merece especial atención. Nos vamos a encontrar cada vez más con la presencia de la ambivalencia, la contradicción, con el rejuego entre lo que puede y lo que está haciendo hoy la migración desde el punto de vista socioeconómico, sociopolítico, y lo que, desde ese punto de vista, es capaz de satisfacer o no a la persona que migra. Estaremos en presencia, además, del ajuste que, interna y sostenidamente, se va a establecer, pues, con lo simbólico: con las carencias, con las añoranzas, con lo que se construye y lo que se deconstruye en ese proceso de desintegración y de integración, que va ejecutando el sujeto y su colectividad en estos espacios.

El estudio de las peregrinaciones religiosas, sin lugar a dudas, tiene, también, mucho que aportar a la lectura y comprensión de esta temática. ♦

## Notas

- 1 Pedro E. Carrasco: “Desarrollo, progreso y religión. Una encrucijada de sentido”, p. 42. Analizado por el autor en el curso “Sociología de la Religión”, Seminario Evangélico de Teología de Matanzas, marzo de 2014.
- 2 Ofelia Pérez Cruz: “La devoción a la Virgen de San Juan de los Lagos. Apuntes sobre cuatro celebraciones”, en Aurelio Alonso (comp.): *América Latina y el Caribe. Territorios religiosos y desafíos para el diálogo*, CLACSO, Argentina, 2008.
- 3 Ofelia Pérez Cruz: “Las devociones a figuras milagrosas. Una mirada desde la incertidumbre y la problematización social”, en *Caudales* [CD-Rom], CIPS, La Habana, 2008.

---

(Viene de la página 2)

**OFELIA PÉREZ CRUZ.** Licenciada en Psicología por la Universidad de La Habana y máster en Ciencias de la Religión por la Pontificia Universidad Católica, de São Paulo. Es profesora universitaria y del Instituto Superior de Estudios de Ciencias de las Religiones, en La Habana. Ejerce la investigación sobre el protestantismo cubano en el Departamento de Estudios Sociorreligiosos del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas. Es autora, entre otros, de los libros: *La sociedad cubana: retos y transformaciones* (2003) y *Los nuevos movimientos religiosos en Cuba* (2013).

**MARIANELA DE LA PAZ COT.** Doctora en Medicina y clérigo de la Iglesia Episcopal de Cuba. Es licenciada en Teología por el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas —donde enseña en el área de pastoral— y doctora en Teología por la Escola Superior de Teologia de São Leopoldo, Brasil. En el ámbito de su denominación, es ministra encargada de la Iglesia “San Felipe Diácono”, de Limonar, y se ha desempeñado como promotora de varios programas formativos.

# Algunas reflexiones sobre la atención pastoral de los migrantes y sus familias

**Marianela de la Paz Cot**



La Jornada Teológica 2014 ha propiciado una profundización extraordinaria acerca del tema de la migración, visto como un fenómeno de carácter mundial, multifactorial y multicultural, que implica perspectivas económicas, políticas, culturales, jurídicas y religiosas, entre muchos otros puntos de vista que responden a nuestras realidades.

Me llamó la atención el énfasis en la necesidad de que el inmigrante reciba un acompañamiento pastoral y comunitario para mantener su fe, y de que no solo se aprecie como objeto y beneficiario de la solicitud de la iglesia, sino que participe activamente en la vida y la misión de la iglesia que los acoge. De hecho, se habló bastante de la actividad que han tenido las iglesias en Canadá en atención al migrante.

Quisiera hacer énfasis en los serios desafíos que las migraciones plantean para la misión de la iglesia, tanto las correspondientes al lugar de origen como las del lugar de destino. Como dice Leonardo Boff, “necesitamos un cambio de paradigma. Al paradigma del

enemigo y de la confrontación, necesitamos contraponerle el paradigma del aliado y del huésped. De la confrontación tenemos que pasar a la conciliación, y de la conciliación llegar a la convivencia, y de la convivencia a la comunión, y de la comunión a la comensalidad. Los pueblos que se vienen del gran exilio comienzan a encontrarse en la casa común: el planeta tierra. ¿Cómo tratarse, cómo construir un futuro mejor?”

Pues se hacen imprescindibles, entonces, las virtudes de la hospitalidad, de la convivencia, de la tolerancia y de la comensalidad. La práctica de estas ofrece un terreno común para un futuro de esperanza para todos. Los que se van deben ser acogidos con hospitalidad, los que se quedan deben aprender a despedir, dejar ir, desanudar.

El desafío para la iglesia en Cuba está en hallar espacios para abrir el diálogo. Nombrar el dolor, reflexionar sobre sus causas, admitir la existencia de errores en nuestra acción como comunidades, y de las políticas que hemos tenido desde el Estado y que no han sido muy justas, muy acertadas. Preguntarnos, ¿qué iniciativas hemos realizado en el acompañamiento pastoral con las familias que quedan? Revisar esas iniciativas; ver las que funcionaron y las que no, y por qué.

A la iglesia-institución también hay que hacerle preguntas. ¿Cómo maneja el tema de la pérdida de obreros, de sus ministros, de sus pastores? ¿Se ha discutido o reflexionado en torno al problema o se continúa trabajando como si no importara, con ese dolor enquistándose y esa herida haciéndonos daño?

¿Qué visión teológica nos guía, cómo descubrimos a Dios en todo este proceso? ¿Cómo vamos a constituirnos en iglesia de acogida para la migración interna que se está produciendo en el país? ¿Cómo trabajaremos los rituales de despedida respecto a la familia, la comunidad, la iglesia? ¿Cómo podríamos evaluar, hoy, el papel de la iglesia en el debate social sobre el tema migratorio? ¿Nos estamos sintiendo convocados?

Son numerosas las preguntas y las respuestas que podrían surgir en torno al tema. Resulta vital el establecimiento de un diálogo ecuménico alrededor del fenómeno migratorio, que tiene tantas implicaciones en la Isla y fuera de esta. ♦

Regale una  
suscripción de

*Didajé*

Revista para  
la formación y  
el acompañamiento de  
las iglesias cubanas



Deseo suscribirme a la revista *Didajé* a partir del no.

Nombre y apellidos \_\_\_\_\_

Dirección (calle, número, entre calles) \_\_\_\_\_  
\_\_\_\_\_

Ciudad \_\_\_\_\_ Código postal \_\_\_\_\_ País \_\_\_\_\_



Deseo suscribirme a la revista *Didajé* a partir del no.

Nombre y apellidos \_\_\_\_\_

Dirección (calle, número, entre calles) \_\_\_\_\_  
\_\_\_\_\_

Ciudad \_\_\_\_\_ Código postal \_\_\_\_\_ País \_\_\_\_\_



**Pedidos a:**

Revista *Didajé*  
Seminario Evangélico de Teología  
Apartado Postal 1439. CP. 40100  
Matanzas, Cuba.

**Suscripción anual**

Cuba	10.00 pesos
América del Norte	15.00 USD
América Latina	10.00 USD
Europa	15.00 USD
Resto del mundo	20.00 USD

*Emigrantes y refugiados no son peones  
sobre el tablero de la humanidad.*

*Se trata de niños, mujeres y hombres que abandonan o son  
obligados a abandonar sus casas  
por muchas razones, que comparten el  
mismo deseo legítimo de conocer, de tener,  
pero sobre todo de ser “algo más”.*

*[...]*

*La Iglesia, en camino con los emigrantes y los refugiados,  
se compromete a comprender las causas de las migraciones,  
pero también a trabajar para superar sus efectos negativos  
y valorizar los positivos en las comunidades de origen,  
tránsito y destino de los movimientos migratorios.*

*[...]*

*Se trata de ver en el emigrante y en el refugiado no solo un  
problema que debe ser afrontado, sino un hermano y una  
hermana que deben ser acogidos, respetados y amados, una  
ocasión que la Providencia nos ofrece para contribuir a la  
construcción de una sociedad más justa, una democracia  
más plena, un país más solidario,  
un mundo más fraterno y una comunidad cristiana  
más abierta, de acuerdo con el Evangelio”.*

Papa Francisco  
(Mensaje para la Jornada Mundial  
del Emigrante y del Refugiado 2014)